

ER

GO

US

GO

91

GURIDI

ALCOCE

DISCURSO

SOBRE

LOS DAÑOS

AL JURO

JV6691

C9

R. C.



1020025605

DISCURSO

SOBRE LOS

DAÑOS DEL JUEGO:

SU AUTOR EL DR.

D. José Miguel Guridi y Alcocer,

COLEGIAL ANTIGUO

del insigne, viejo y mayor de Santa María de todos los Santos
de la Corte de México.

*Cura que fué y Juez eclesiástico de Santa María de Acajete
en el Obispado de Puebla,
y Cura de Tacubaya en el Arzobispado de México.*

098450
BIBLIOTECA ALFONSO
MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C.^{as} Escalerillas núm. 21.

1877.

28413

1911
G. 29
JV6691



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

REFLEXION PRIMERA.

*Necesidad de un escrito sobre los daños del juego,
y razon de emprender éste.*

Una pasion vil por su fin, detestable por su fomento, infame por sus medios, y funesta en sus consecuencias, se ha erigido entre nosotros por deidad soberana, á quien sirven de pedestal la naturaleza y la religion, y los demás vicios han cedido sus altares y sus aras como los dioses á Júpiter sus templos para que se le edificara el famoso del Capitolio. Tal es el juego, que animado del interés, fomentado por la codicia, sirviéndose de los fraudes, y causando los mayores estragos, á manera de un fuerte torbellino ó de un huracan impetuoso, ha envuelto y arrastrado tras sí á personas de todas clases.

En vano clama contra él la religion, y á su vista se horroriza la naturaleza: su dominio es

casi universal, y aun las mismas pasiones, ó desaparecen en su presencia ó le dirigen los cultos que á ellas las tributan sus adoradores. El goloso no se acuerda de la comida, el mezquino abre sus manos, y el avaro sus talegos, el vano y orgulloso que se cree superior á todos se iguala con los ínfimos, el soberbio se humilla al más vil cuyos auxilios necesita, el delicado tolera en pie ó en la postura más incómoda muchas horas, el sexo vergonzoso se descara y pierde su pudor, hasta los enamorados se olvidan de sus citas y visitas, y lo que es más, aun estando presentes sus ídolos no son girasoles de sus hermosuras, ni estas imán de sus corazones. Todo cede á la violencia de una pasión, que como un torrente de fuego ha abrazado las ciudades y los pueblos, llevando por todas partes la ruina y la desolación.

Cuando Tarquino consagró á Júpiter el templo del Capitolio, todos los otros dioses le cedieron, dice Ovidio, á excepcion del que los Romanos llamaron Término, que por lo mismo se colocó á su lado (1). ¡Ojalá, que siquiera á esta

(1) *Terminus ut Vetexes memoxant comentur in Urbe, resistit, et magnium cum Sobe templum tenet Ovidio libro 2, Fast.*

fiecion de los gentiles correspondiese la dominacion tiránica del juego. Pero á él ha cedido el término, el término mismo en lo que consiste que sea despótico. No tiene término ni en el tiempo, ni en la cantidad, ni en las personas. Quiere que se le dediquen todas las horas, haciendo dia de la misma noche, devora los caudales disipando aun los más precisos y sagrados, y se maneja con tal rigor con los que le rinden homenaje, que sus plantas no macollan si no se riegan con su sangre. Sus edificios no se levantan sino sobre las ruinas de los que se destruyen, sus banderas no se tremolan sino sobre montones de cadáveres, y es un ídolo que no recibe más cultos que los sacrificios, en que equivocándose el holocausto, el sacerdote y el adorador, son víctimas los mismos que las ofrecen.

Pero ¿qué (dirá alguno) tal cúmulo de desórdenes no ha puesto en movimiento y excitado contra sí innumerables plumas que lo impugnen? Sí, se han empleado en este asunto las más graves y autorizadas. Una y otra potestad eclesiástica y secular han fulminado contra el juego sus cánones y sanciones: lo han rebatido los Padres de la Iglesia, particularmente San Cipriano: han hablado sobre él los teólogos, en especial Francisco Alcocer, que compuso un tratado so-

bre la materia; pero ¡ah! que el dialecto latino de que usaron desconocido de la mayor parte de los jugadores, es un velo que oculta á la vista sus escritos. A más de que solo trataron la materia en lo moral, y aun resta mucho que decir de ella en lo físico.

El sermón de Lafitau, y la pastoral del Illmo. Sr. López Gonzalo, concernientes á este punto y que corren en nuestro idioma, ciñéndose á las precisas márgenes de una oración y de una carta, no pudieron hablar con la difusión que exige la materia, mayormente en nuestros días en que ha llegado al mayor incremento su relajación. Ni es bastante la carta de Costantini (1) y Bantán (2) y lo poco que trae el Eusebio (3) aun estando concebido, lo del penúltimo, en estilo burlesco que ha probado tambien para corregir otros defectos.

Es, pues, de desear un escrito que no solo haga ver á los jugadores los motivos de religión que destruyen las ideas y opiniones erradas que han formado de su profesion, para conservarse

(1) Cartas críticas, tomo 3.º, la del juego.

(2) País de las Monas, tomo 2.º, capítulo 23.

(3) Parte 2.ª lib: 4.

con una falsa tranquilidad de conciencia, sino que tambien les ponga delante con el mayor patetismo los daños temporales que acarrea el juego, y que aunque pasan por sí, se los impiden ver con claridad las vendas que ha echado á sus ojos su pasión; pero cuando está clamando por él nuestra actual situación, ¿descansan en este punto las plumas de nuestros buenos escritores, no despliegan sus lenguas nuestros sabios, y en vez de combatir tan formidable monstruo, se mantienen con sus espadas á la cinta? Yo creí debía empuñar y desenvainar la mia, que aunque débil para herir, quizá será bastante para incitar otras mejores y despertar las plumas que duermen, y que puestas en acción son capaces de obtener la victoria contra este monstruo.

A esto seañade, haber yo tambien caído alguna vez en la red universal. Esta fragilidad (de que podia disculparme, pero de lo que no trato) no tengo pudor de confesarla, cuando no lo tuve de su ejecución. Ella me ha puesto en estado de poder hablar menos mal que antes en la materia: me confirmó en mi antigua aversión al juego, como solidó la fé de un Apóstol su incredulidad, y es el principal motivo de comprender esta tarea, para reparar con ella los daños, que tal vez pudo causar mi mal ejemplo. Vivo

entendido en que á nadie persuadirán mis lánguidos discursos; pero aunque no conviertan á otros, darán testimonio de mi propia conversión, y de que si los jugadores empiezan siempre engañados, y acaban engañando, como dijo la poétisa Madama Houlires (1), yo aunque comencé como todos, no acabo del mismo modo sino muy bien desengañando.

REFLEXION II.

Orígen y division de los juegos para discernir los dañosos de los que no lo son.

El juego nació de la necesidad, se nutrió á los pechos de la religion, se crió en los brazos de la virtud, creció á la sombra del placer y la ociosidad y se enfermó por el vicio, que le trajo mil

(1) Citada por Feijó, tomo 2, cart. 7 núm 5.

achaques. Su cuna fué Lydia país de la Asia, cuyos habitantes combatidos en tiempo de su Príncipe Atyr de la carestia y el hambre, para engañarla y entretenerla, inventaron, segun Herodoto (1) los juegos. Es verdad que Platon atribuye algunos á los egipcios, y Sofocles á á Palamedes, introducidos con el mismo fin de divertir el hombre; pero los más, y probablemente los primeros, reconocen por autores á los Lidios, por lo que los latinos los llamaron Lydi, y con poca corrupcion Ludi.

En seguida los adoptó la religion de los pueblos, para solemnizar con ellos las festividades de sus dioses. Bajo este aspecto tan sagrado los abrazaron gustosos los hebreos y los egipcios, los griegos y los romanos, y estos los propagaron á las demás naciones, á proporcion que con su imperio estendian su religion y sus costumbres.

La virtud encontró en ellos un pábulo abundante digno de su atencion. El fomento de la sociedad, el ejercicio moderado tan conveniente para conservar la salud, ejercitar las fuerzas del cuerpo para tenerlas prontas en defensa de la

(1) Libro 1.º esta época es 550 antes de Jesucristo.

patria, industriarse y perfeccionarse en las artes de la guerra, y demás necesarias á la vida y sobre todo, recrear el espíritu fatigado del trabajo para emprender con nuevo vigor las ocupaciones serias, son las conveniencias que ministraron los juegos, y otras tantas razones que empeñaron á la virtud en fomentarlos y cultivarlos; pero no fué este el principio á que debieron sus mayores auge (nuestra propia constitucion y naturaleza, fué su verdadero origen.)

El hombre está casi siempre combatido de una continua lucha entre la ociosidad que le causa tédio, y el trabajo que le fatiga. Aquella sucesion interminable de diversos pensamientos e ideas, que no le pueden faltar cuando está despierto, traen alterados su entendimiento y fantasía, mientras no se fija á un objeto determinado; pero si éste es serio, lo cansa y lo fastidia, porque lo arrastran sus inclinaciones al placer. Solo en el juego halla conuinadas todas las circunstancias que parecia imposible unirse para calmar la pugna interior que le agita. En el descubrió una ocupacion que lo libra de la ociosidad, sin precisarla al trabajo, y que divierte sus pensamientos sin abstraerlos del regocijo, razon por qué nuestro idioma lo llamó *Juego*, de la voz latina *Locus*, que significa alegría, y

que tambien suele aplicarse aquel dialecto (1). A la sombra de estas utilidades era muy consiguiente adquiriera notables creces.

Pero como nuestra propension al mal todo lo vicia y lo corrompe, estragó tambien los juegos, llenándolos de tantas dolencias y defectos, que á imitacion de los Israelitas con los leprosos, debemos arrojarlos de entre nosotros, como una peste contagiosa, de cura desesperada y de peores resultas. Bien es que no fué igual en ellos la corrupcion, quedando unos más inficionados que otros, segun sus mayores ó menores disposiciones; por lo que es preciso distinguirlos.

Todos como líneas tiradas á un punto central convienen en el fin de agradar y entretener. O bien se use de las palabras, como en los juegos escénicos ó teatrales, ó ya de las acciones como en el baile y carrera: ó bien deleiten al oido como el canto y música, ó ya á la vista como los espectáculos: ó bien se tome por instrumento á los animales como en las luchas y corridas: ó ya

(1) Ovidio lib. 3. de Arte amandi usurpat jocosum pro ludo, et Oratio ludon pro jucu. lib. 1. sat. 1. Cicero lib. 1. de Ofic. hac habet unum jenus jocandi est illiberalli etc,

á las cosas inanimadas como los dados y los naipes, siempre se dirigen como objeto á la diversion.

Unos son públicos, por celebrarse en los Anfiteatros en el concurso del pueblo, de los cuales usaban los paganos en sus solemnidades; y otros privados, que se practican en las casas particulares. Los primeros por sí mismos y sin otro agregado que los vicio, son inocentes. El daño consiste en los segundos, especialmente en la baraja, que para diversion de Carlos VI, Rey de Francia, inventó Nicolás Pepino, por lo que se observó mucho tiempo poner en una de las cartas las iniciales de su nombre y apellido N. y P., de donde se llamó *Naype*, invento que ha hecho más estragos en la paz, que el de la pólvora en la guerra.

Estos mismos del segundo género, se dividen en juegos de suerte, y azar, en que solo deciden la fortuna y el acaso, como los dados y albuces; juegos de industria como el de damas y ajedrez; y mixtos uno de otro, como pretera; malilla, y los demás de baraja que llaman carteados. No interviniendo apuesta, ningunos son nocivos, pero si esta media, son prohibidos y dañosos los primeros, permitidos los segundos, y tolerados los terceros, con tal que no sean de envite, ni los

extraguen un excesivo interés, porque en este caso, así ellos como los segundos y primeros son perjudiciales á la república, y dañan á los particulares.

REFLEXION III.

De los perjuicios que trae el juego á la república y primeramente de la oposicion á la sociedad y trato civil.

La república es un conjunto de hombres que forman un cuerpo político para ayudarse mutuamente á pasar la vida con descanso. Son, pues, los individuos los miembros de cuya union resulta el todo de la república. El fin y necesidad de esta union, son sus propios destinos y tareas: porque si no hubiera la distincion de diversas profesiones, y cada uno no contara sino consigo solo, ¿cómo podria cultivar la tierra para proporcionarse sustento, fabricar su morada, beneficiar y tejer las telas para cubrir sus carnes, formar-

se sus vestidos y calzados, condimentar su alimento, defender sus posesiones, y ejercitar tantas otras operaciones indispensables para subsistir, y para las cuales, aun dado el imposible de que paseyese la pericia suficiente, le faltarian el tiempo y las fuerzas? Finalmente, el vínculo que los enlaza y el alma toda de su union es la sociedad.

Cualquiera máquina se desconcierta por el des-arreglo de un solo resorte: ¿pues qué trastorno, qué perjuicios no resentirá la república por el juego, que la hiere en todas sus partes? El rompe las ligas de la sociedad, destruye el fin de su union, corrompe y quita á la república sus miembros. Tres reflexiones que demandan tratarse cada una de por sí, y por lo mismo en la presente solo hablaré de la primera, dejando para las siguientes las dos posteriores.

¿Y quién podrá dudar que este vicio se oponga á la sociedad y trato civil, con solo que alguna vez haya visto una mesa de juego? La rodea un cerco de hombres de los que solo los inmediatos logran asiento con incomodidad, estando los demás en pié, apiñándose unos con otros y alargando los pescuezos, la cuadra se llena en breve de las cálidas exhalaciones de los cuerpos y de las continuas humaredas de los que fuman:

un profundo silencio y una atencion suma ocupa á los circunstantes: se esparce por los semblantes una melancólica severidad qua dá indicio de la afliccion y violencia que agita los espíritus: se suspenden las mociones y afectos de las demas pasiones: todos están pendientes de la suerte, que es la Deidad que preside la asamblea, y decide despóticamente de las fortunas y desgracias: un carton, una figurilla ridícula que el acaso colocó sobre otras despues de haber tenido pálidos los rostros en su expectacion, al descubrirse alegra á unos, de que suelen dar señales en sus risadas y jactancias, á otros los deja místicos y fruncidos, obliga á otros á morderse un labio, ó á agarrarse la cabeza: aquel ánimo fogoso, que no puede sufrir el azar, prorrumpe en voces descompuestas, quien dá una faerte palmada en la mesa, ó en su frente, y tal vez estruja, rompe y hace ademan de comerse las cartas.

Estos lances, ya prósperos, ya adversos, sucediéndose incessantemente el silencio y la algazara, alternan de unos á otros, circulando por todos el dinero, que tan presto los enriquece, como los empobrece, volviéndolos á enriquecer y empobrecer, porque el Dios que adoran, parece juega con ellos y se complace de burlarlos,

¡Qué horrorosa pintural pues no es más que la superficie, la corteza, y como la primer cortina que he levantado para descubrir el mal que encierran los jugadores.

El espíritu que los congrega y reina en ellos, es la codicia. Luego que el juego llega á ser excesivo pasa de pasión á furor que trasforma á los hombres, volviéndolos sordos é insensibles aun á los gritos y sentimientos de la naturaleza. No reconocen en sus asambleas, ni obligaciones, ni dignidades, ni respetos. Solo se aprecia al que trae dinero, sea quien fuere, y se desatiende al más condecorado, si viene sin él. El que gana irrita, y causa alegría el mal del prójimo en sus pérdidas. Los vínculos, las amistades, los parentescos, son voces vacías que no tienen significado en el juego: los mismos hermanos, los padres y los hijos se tiran mutuamente, porque allí son todos enemigos, y no se atiende sino al dinero.

De allí es que se forjen tantas sátiras picantes contra quien gana, atribuyéndole más cantidad de la que le dió la suerte: que se fragüen tantas mentiras para engañar al que presta, y no pagar al que se le debe, aumentando las pérdidas y disminuyendo las ganancias: que se murmure al ciudadano honrado y sensato que no sigue la

misma profesion, porque no viene á tributar sus monedas: que se enciendan tantas disputas y porfias que dividen las voluntades: que se originen tantas discordias, riñas y desafíos hasta llegar á las manos y causar muertes y alborotos: que nazcan unas enemistades tan sangrientas que duran toda la vida y pasan á los herederos para muchas generaciones: de allí es, en fin, que el marido desatienda á su mujer, el padre no se dedique á la educacion de sus hijos, ni nadie cuide de su familia.

Díganlo tantos matrimonios que por el vicio del juego se han descompuesto, tantas niñas mal casadas, tantas doncellas prostituidas, tantas desnudeses, hambres y miserias que muchos sufren por este principio, tantas casas reducidas de la opulencia á la pobreza, tantas familias degradadas de su nobleza y confundidas con la plebe, tantas quiebras, descubiertos, embargos, perjuicios y litigios,

Pero; ¡que mucho, si un jugador de oficio nada tiene de humano sino la apariencial segun la célebre sentencia de Madama Houlieres (1). ¡Ni qué otra cosa puede esperarse, si no desastros,

(1) Féjé tom. 2. cart. 7. núm. 5.

de un congreso que anima la pasión vilísima del interés? Por esta razón dijo muy bien Feijó (1), que el jugar grueso, solo se debería permitir entre naciones enemigas en tiempo de guerra, como es permitido entónces el recíproco pillaje; porque ¿qué diferencia hay en la sustancia entre uno y otro?

Y una profesión de esta clase, unos hombres de tal calibre ¿no destruyen el trato civil, que debe dirigirse por la caridad al provecho de nuestros semejantes enlazando íntimamente á los unos con los otros? Habrá quien no lo conozca á vista de tantas escenas trágicas como frecuentemente nos presenta? Yo me imagino las casas de juego, como un campo de batalla, y al juego mismo como la guerra más sangrienta que se hace á la república, cuya imágen me la represento lánguida y desfallecida, mirando con dolor rotos los más estrechos vínculos de la sociedad, divididos los ánimos con las disensiones; perturbada su quietud ó introducidas las desdichas: golpes todos que la aproximan á cada paso á los bordes de su ruina.

(1) Allí mismo núm. 6.

REFLEXION IV.

El juego destruye el fin por qué se unieron los hombres en cuerpo político.

¡Qué hermoso cuadro aquel en que me represento á todos los hombres puestos en movimiento para mi utilidad y para recompensarme las fatigas de mi profesión! Por una parte veo los sudores del labrador, por otra las maniobras del artesano, aquí las faenas del navegante para el fomento del comercio, allí los trabajos del soldado, más allá las tareas de los sabios, hacia aquella parte los desvelos del Monarca, más arriba las sagradas ocupaciones del sacerdote, y todo dirigido á auxiliarse mutuamente los unos á los otros. Este es el fin de haberse asociado en un cuerpo de república. Así imitan, no solo á la naturaleza, en la que no cesan sus partes de sus ejercicios, fructificando las plantas,

obrando los elementos, y volteando con perpetuos giros los planetas al rededor de la tierra, sino tambien á la congregacion de la Iglesia, cuyos miembros participan los unos de los bienes de los otros; pero esta utilidad, para cuya recomendacion no tiene suficientes veces la elocuencia, se menoscaba y destruye por el juego.

Los que miserablemente se emplean en él, dan de mano á los ejercicios de su profesion. Ninguna cosa más que el juego embelesa al hombre que se ha envenenado en él. Es un atractivo que lo arrastra, un hechizo que lo encanta haciéndole pasar insensiblemente no solo las horas, sino los dias, las semanas y los meses. Un tahúr en nada piensa, de nada se acuerda, y ni para comer y dormir tiene tiempo suficiente. ¿Cuál, pues, le queda para ejercitar las funciones de su oficio?

Pero demos que su vicio le deje vacías algunas horas. Entónces le falta forzosamente la gana de trabajar, porque se apodera de él cierta clase de flojedad, que no puede repeler sin demasiada violencia. ¿A quién no se hace duro pararse de la mesa de la diversion ó levantarse de un ligero reposo á que ha precedido una noche de vigilia para emprender cualquiera especie de tarea? A la naturaleza más que á la razon

debemos preguntarlo, y ningunos serán mejores res testigos de esta verdad, que los jugadores mismos.

Cuando han salido de una tormenta, nombre que ellos dan á un dia ó temporada empleada en jugar, experimentan lassitud en sus miembros, languidez en sus partes, y todas sus fuerzas desflaquecidas. La causa física de este efecto, es la continua agitacion y congoja del juego que disipa los espíritus vitales, tan necesarios para entonar el cuerpo y habilitarlo para el trabajo. Y si en esto mismo consiste el cansancio que nos originan las tareas inutilizándonos para su prosecucion ¿cómo podrán dedicarse á ellas los sañures, que se hallan siempre en igual disposicion, porque se suceden unas á otras sus tormentas, ó por mejor decir es una tormenta continuada su vida toda.

Y aun cuando les sobrase el tiempo, les asitiesen ganas y tuviesen sobradas fuerzas para trabajar, nada habian avanzado: aun les restaba tranquilidad de espíritu, sin la que es imposible desempeñar las ocupaciones serias. Esto es lo primero que pierden en el juego, y lo último que restauran, si acaso llegan á lograrlo, porque los alteran igualmente las pérdidas y las ganancias. Un ánimo inquieto y alborotado, no puede apli-

car toda su atención á los objetos á que se dedica. De aquí resulta que no los emprenda, ó los ejecute con imperfección, ó á lo menos no adelante llevándolos al colmo que tal vez prometían sus talentos y esperaba la república. Por eso el Barón de Bielfeld llama á los juegos de azar, distracciones perniciosas para el progreso de la industria (1).

La sociedad se interesa en que todos sus miembros ejerciten con la exactitud posible sus particulares destinos. Es como una cítara armoniosa, á quien una sola cuerda destemplada la desentona. Qué disonancia entre los ciudadanos laboriosos, y los jugadores que no trabajan! Ellos comen, visten, calzan, viven bajo techo, y disfrutan las tareas de los demás hombres, sin contribuir con las suyas á la sociedad de que son partes. Mientras el pobre aldeano, á cielo raso y expuesto á las inclemencias de los tiempos, les proporciona con qué sustentarse, ellos reposan bajo la sombra de las casas de juego, libres del sol y del aire: mientras el jornalero en todo un día con el sudor de su rostro gana un corto estipendio, ellos en pocos momentos pierden cre-

(1) Institus. política tomo 1.º cap. 7. par. 19.

cidas cantidades: mientras los artesanos les fabrican sus vestidos y adornos, ellos deboran caudales enteros; y mientras el resto de la república se dedica al trabajo, para que todos fuémos criados, como decia Cleanthes (1) y conocieron aun los gentiles mismos, ellos se entregan al ocio y la diversion.

Para corregir y evitar una disonancia, que tanto repugna á la razón hasta los juegos lícitos y permitidos prohibieron nuestras leyes (2) en los días de trabajo á los Artesanos y oficiales, comprendiendo bajo este nombre, no solo á los mecánicos sino tambien á cualquiera otros, como labradores, soldados y escribanos (3). Y á la verdad con sobrada razón, porque si un solo día en cada semana que habian hecho costumbre no trabajar algunos artesanos, lo que ellos llaman guardar el lunes, se ha tenido por un abuso intolerable contra el que declamó vivamente Campomanes (4). ¿con qué horror no deberá mirarse disipar en el juego la semana entera?

(1) Apud Laextiom lib. 7 cap. 11.

(2) Ley 13 tit. 8. Rec. de Cast. y Campomanes quiere que ni ver toros se deje el día de trabajo. Dice sobre la educación popular de los Artesanos pár. 3.

(3) Bobad. lib. 2. cap. 13 núm. 16 de su Polít.

(4) Campom: en el lug. citado.

Ni se diga que esto no acarrea á la sociedad tan grande perjuicio como se pondera, porque son muy pocos los jugadores, respecto de la numerosa multitud de los individuos de una república. ¡Ojalá que así fuese verdaderamente! Un solo tahur que no pasa sino del juego, es una polla de la comunidad; por que si un holgazán que se dá á mendigar se ha visto siempre por los políticos y estadistas como una peste que consume la sustancia de los vecinos laboriosos por aquellos pocos medios que junta de limosna, ¿cuánto más deberá recaer este juicio sobre el jugador que no solo se mantiene sin trabajar, sino que se mantiene con decencia y disipa gruesas cantidades? ¡Ojalá, repitô, fuese corto su número! Podía darse por bien empleado hasta el susentarlos de los fondos públicos, con tal que no contagiasen al resto del vecindario; pero el mal consiste en que uno solo basta á inficionar un pueblo entero, y que en realidad son muchos y es efectivo el perjuicio que causan á la república.

De uno y otro, de lo primero y lo segundo, tenemos sobradas pruebas. Lo es de lo primero, el que para todo vicio se busca socio; pero principalmente para el juego, que no puede verificarse sin muchos compañeros. Por qué tantos hom-

bres de luces, de una razón despejada, que han hecho serias reflexiones sobre el juego, caen con todo en él si no por el contagio de sus profesores? Los precipita el contemporizar con personas de respeto, el obsequiar á un huésped, que no gusta de otra cosa, las importunas instancias y mal ejemplo de los amigos, y sobre todo los lazos que les ponen los tahures, ya disponiendo un paseo, ya combidándolos á un almuerzo, y ya comenzando por un juego lícito, que no es sino preámbulo del prohibido á que lo hacen declinar. A poca repetición de estos actos, como la diversión tiene en sí misma su aliciente, se engendra el hábito, y se arraiga el vicio. Entonces se ofuscan las luces, y desaparecen las reflexiones, porque arrimar la barriga á la mesa, es echar á volar el entendimiento.

De lo segundo tenemos un claro testimonio en nuestra propia experiencia, que por una parte nos presenta implicado en esta profesión, con la distinción de un poco más ó menos á medio mundo, y por otra nos pone delante de los ojos los daños que resiente la sociedad. ¿De que otro origen, si no del juego, provienen las quejas de los maestros de las artes sobre las faltas que les hacen sus oficiales? ¿De dónde el que no encontremos muchas veces artesanos que nos traba-

jen nuestros menesteres, que cuando se hallan no entregaen las obras en los dias emplazados, ni aun mucho despues, extraviando en ocasiones el material que se les ministra, que los abogados y demás ministros de justicia demoren los juicios con notable daño de las partes: que haya en las ciudades y los pueblos, tantos vagamundos que no tienen oficio alguno: que muchos de los emplados en los destinos públicos, no los sirvan con la eficacia que demandan: que entre los que gobiernan se encuentren algunos que davan tienden sus obligaciones, y no velan sobre la conducta de sus súbditos, y que tal vez no deje de haber entre los sacerdotes quien no llene exactamente su ministerio. Bien, que así de estos, como de los anteriores inmediatos, no hablo sino como de un caso raro que no doy por hecho, sino que únicamente juzgo posible su origine del juego. No permita el Señor que yo hable de otra manera de los jueces, á quienes asiste especialmente, ni menos me atreva á juzgar, como dice Sen Gerónimo, á aquellos cuya boca tiene virtud de producir el cuerpo de Jesucristo (1).

(1) Absit á meut de hiis, qui apostolico gradui succedentes cristi corpus sacro ore conficiunt. Burdan tom. de Mist de crist. sem 1.º de pasn. parte 2.

REFLEXION, V.

El juego corrompe y quita á la república sus miembros.

La riqueza de un soberano, aun más que en la extension de sus dominios, consiste en el número de sus vasallos. La opulencia de un estado más depende de la industria de sus habitantes, que de la fertilidad de su terreno. La mucedumbre, pues, y la industria de los vecinos, pero ésta, más que aquella, hacen feliz la población. Holanda, siendo, segun los cálculos de Ubart (1), sesenta veces menor que España en el terreno, y como uno y medio respecto de ocho en el número de su gente, rinde con todo en rentas veinte veces más que ella.

(1) Proyecto econom, discurs. preliminar.

A la luz de estas reflexiones,, la más escasa vista descubre luego que son los individuos el todo de lo república, y que dañarla en esta parte es derribar su edificio por los cimientos. Así lo ejecuta el juego corrompiéndola y quitándola sus miembros.

¿Por qué otra razón no hay nación culta, cuyo gobierno no haya detestado y visto con horror los juegos de azar prohibiéndolos bajo las penas más severas? Aunque todos los legisladores se hubiesen concertado en ello, dice Lafitau (1), no pudieron haber sido proscriptos más universalmente. Seria como emprender numerar las estrellas, el querer referir las leyes de todos los pueblos fulminados contra ellos; pero puedo citar las prohibiciones de Venecia (2), y de Francia (3), y añadir que entre los turcos, son una ignominia digna de castigo (4), entre los japones delito capital (5), entre los grigos tan detesta-

(1) Tomo 3.º serm. del juego.

(2) Bembo lib. 1.º Venetie. histor.

(3) Viltuart dicert, de contract. art. 5, par. 3.

(4) Joann cuspius lib de Turcorum institutis.

(5) Juan Metel y la Pastoral del Illm. Sr. López Gonzalo.

bles que Alejandro Magno reprendió agriamente y castigó á sus íntimos amigos, aun antes de excederse en ellos, y por sola inclinacion que manifestaron (1); y Chilon, enviado por Sparta para hacer alianza con Corinto, se volvió sin tratarla, por haber encontrado divertidos con los dados á los príncipes, reputando indecoroso á su patria confederarse con jugadores (2). En el Derecho romano es constante lo prohiben títulos enteros (3).

Por lo que sespecta á nosotros nos lo veda el Derecho canónico, tanto á los seculares como á los eclesiásticos, bajo de excomunion á los primeros y de suspension y deposicion á los segundos: penas que se encuentran constantemente fulminadas, comenzando por los cánones atribuidos á los apóstoles (4), y discurriendo por los concilios, señaladamente los nuestros mexi-

(1) Plutarci regis in Imper. Apoph.

(2) Plauna lib, apptmo scire.

(3) Lib, II tit, 5, ff de Aleator et lib, 3. tit, 43, codic, de Aleator, et aleaam. lusu.

(4) Cam. 41 y 42, relati á Gratsano in cap episcopus 1.º Dist, 35.

canos (1) y terminando por las constituciones pontificias, en especial la de Benedicto XIII (2). Nuestro derecho patrio ha establecido en la materia diversas leyes (3), que conservan ileso todo su vigor, y por cuya rectitud deberian ponerse en las manos de todo jóven y de todo taur: en las de éste para que leyese allí su abominacion, y en las de aquel para que viese de antemano y precabiese un precipicio, á que lo arrastran sus inclinaciones, y lo empujan por su particular interés tantos vicios como lo radean.

La razon de todas estas prohibiciones es, porque al hombre nada le corrompe más, que el juego. Esta voz es la que deberia usarse, si se

(1) Later, relatum in cap. cler. 15. de Vit. et honest. cleric. Teid sec 22 cap. 1.º de reform. Hibirt cap. 79; apud card. Aguirre in colec. concilior hispan. Mexic. 1.º cap. 50, et Mex. 3.º cap. lib. 3. tit. 5 párr. 1.º Bened XIII. de sinod. lib. II cap. 10.

(2) Inoc. 3.º cap. inter dilect. II. de excess. Prelat. Bened 13 in Bula crédito nobis de 12 de Agosto de 1727.

(3) Todas las leyes del tit. 7. lib. 8 de la reen de cart. las que mandan guardar en América las Leyes 1 y 7 tit 2 libro 7, y la 74, tit. 16º libro 2, rec. de Ind. La Pragm. de es 3.º de 6 de Octubre de 1771, que está al fin del tit. 7 libro 8. R. O. de la última imposicion y los band. recop. parte Beleña.

buscase alguna que abrazase todo los vicios. Las Sagradas Escrituras llaman raiz de todos los males á la codicia (1), y ella reina en el juego. Los Santos Padres abominan los teatros como escuelas del amor profano, y ven los espectáculos como ocasiones de lascivia; pero el juego es la oficina de todo pecado. El es, dice Osorio, padre de la ociosidad, maestro de la pereza, instrumento de la avaricia, fragua de los fraudes, dissipador de la hacienda y del tiempo, olvido de la familia y de los amigos, ocasion de ruidos, pendencias y blasfemias, corrupcion de las costumbres, mancha de la dignidad, é ignominia insigne (2). El cardenal Ostiense numera diez y seis vicios que nacen de él (3); veintino San Antonio de Florencia (4), y pueden atribuírsele todos fácilmente, si se reflexionan sus circunstancias.

En aquellos corros que se forman entre tanto se acaban de congregar los socios, como presi-

(1) Radix omnium malorum cupiditas. Epíst. 1ª ad Timot., cap. 6, v. 10.

(2) Lib. 1º de Reg. instit.

(3) Summ. tit. de excessib. Prelat.

(4) Tit. 1.º cap. 23, párr. 6.

didos por la ociosidad, se inquietan y descubren las vidas ajenas, se murmura á todo el mundo, y se pasa el rato con dichos agudos y sales picantes, con detrimento de la fama ajena: el azar del juego provoca á desesperacion: la proporcion del dinero facilita el desahogo de la torpeza, bajo el pretexto de las vigiliass, en que se pasa la noche, se fomenta la embriaguez, y no se distinguen los dias de abstinencia de los que no lo son, como ni tampoco los festivos de los demás, á causa del entretenimiento (*).

(*) NOTA: Los dias de abstinencia comienzan á las doce de la noche, y no habiendo ni quien haga alto en ello, por estar distraidos en la diversion, se come, sin embargo de que ya debia comenzar el ayuno, y aun se come carne sin guardar la abstinencia, y los festivos no se santifican como manda la santa Iglesia, y por el contrario se ocupan en el reprobado comercio del juego; y si los contratos lícitos, como la compra y venta, son prohibidos en dias festivos, ¿qué diremos de un contrato tan reprobado como el juego? La circunstancia del dia es agravante, y debe espresarse en la confesion de cuanto toca á los juegos prohibidos que pasen de una mera diversion, ó al exceso en los permitidos, en que llevándose por objeto el interés y no la diversion, más bien tienen el aspecto de un contrato interesado, que de un entretenimiento virtuoso, ó á lo ménos consulte cada uno á su confesor.

Pero el vicio, que es como su esencia, ó más bien el término á que llegan los más de los tahures envejecidos, es la fallería. Son muy raros los que, despues de muchos años de profesion, pueden en esta parte mostrar sus manos sin mancha, y meterlas en el fuego sin abrazarse. Por esta razon notó Perez, que la voz hurta, anagrama de la caldea Tahur, que usamos, no varía el sentido (1). Es verdad que no todos arriban á un mismo grado, siendo muy pocos los que se quitan la máscara de la vergüenza para presentarse con su cara haciendo suertes en tan infame maroma; pero los más no omiten aprovecharse de ciertas ventajas que suele ofrecerles el descuido ó simplicidad de sus contrinantes, con la escusa de recompensar las trampas, que tal vez les harán, aunque no lo saben, y con opiniones del mismo jaez, que no es mucho se forjen para este fin, cuando la tienen para jugar.

Y despues de tanta iniquidad como va referida, y de tantos tropiezos que se encuentran en el juego, y por donde fatigada la pluma ha te-

(1) Citado por Bobadilla, lib. 2.^o cap. 13, núm. 17 de su Política.

nido que discurrir, ¿habrá todavía quién dude que él estraga y corrompe los miembros de la república, y que ésta pierde tantos individuos, cuantos son los profesores de aquel? Los que por este medio, de ciudadanos honrados se transforman en viciosos y delincuentes, ¿no son unos miembros corrompidos de la sociedad? Si el cautiverio es una muerte civil, porque priva á la comunidad del servicio de un hombre, que inelciblemente, y tal vez defendiéndola, fué sorprendido de los enemigos, ¿cómo no deberán reputarse por muertes los que voluntariamente se entregan á un vicio, que los comprende todos, y que no solo los hace inútiles; sino que tambien perniciosos á la patria? Yo á esta la llamaria muerte moral, porque estraga las costumbres, y muerte no solo, porque priva á la república del servicio de una considerable porcion de ciudadanos; sino especialmente, porque la priva para siempre sin esperanza de recuperarlos.

No es avanzada, aunque lo parece semejante proposicion. Convengo en que el hombre mientras vive es capaz de reformar, pero sé tambien, y lo ven todos, que es muy difícil hasta el extremo de imposible moral, el que el tatur se separe de su ejercicio. No hay seguro que pueda

cortar unas raíces tan gruesas y tan profundas como las que echa esta pasion. ¡Cuántos, despues de haber consumido sus caudales en el juego, y hallarse reducidos á la última miseria, despues de una larga experiencia de los disgustos y pesares que les origina, con todo, no lo abandonad! Ya que no pueden ser jugadores, se contentan con ser mirones, ó con servir en los varios ministerios que tiene la profesion, y jamás cumplen las pramesas, votos y juramentos que hacen de no jugar.

Sobre todo: ¿qué esperanza hay de reformar en los que yacen bajo las lozas de los sepulcros? Pues mucho conduce á ellos este vicio, haciéndolos pasar por la muerte más infame. Millares de ladrones van á presidio, dice Constantini, que tavieron los primeros incentivos á robar por las pérdidas experimentadas en el juego (1). Los más salteadores y bandoleros, que han cerrado sus dias con el último suplicio, no han tenido otro principio. Los vapores crasos que en el calor del juego se levantan para ofuscar la razones, los han precipitado á gruesas pérdidas, en seguida á los robos de los despoblados y ca-

(1) Carta crítica, tomo 3º, en la del juego.

minos, y de allí á los patíbulos y las horcas. No tengo dificultad en afirmarlo, cuando puedo alegar un ejemplar tan reciente, que nadie puede ignorarlo. Aún está humeando la sangre de aquel infeliz Fermin Laviano, cuya vida, comenzada por un nacimiento ilustre, la vimos terminar en un cadalso, porque las redes del juego lo implicaron en las de los robos y salteamientos: igual ha sido la suerte de otros muchos.

REFLEXION VI.

El juego daña á los particulares en todos sus bienes, y primeramente en el dinero.

Como en un corazon corrompido, cual he pintado de un tahir de profesion, poca ó ninguna impresion harán los sentimientos de ciudadano y los perjuicios de la república, es menester para despertarlos del letargo con que los tiene adormecidos su pasion, usar de más fuertes sa-

crudimientos, poniéndoles delante los daños que á ellos mismos les origina. Todos sus bienes padecen lesion: los exteriores ó de fortuna; los del cuerpo y los del alma. Y comenzando por los primeros, el que luego se ofrece y debe tratarse antes que los demás, es el dinero. Combatirlos por esta parte, es atacarlos en sus mismas trincheras, y dirigir la zaeta derechamente al corazon de su pasion, que es la codicia, causa principal de perseverar en el juego, y la más fuerte rémora que los detiene para separarse; pero no es más que una vana ilusion que pretendiendo desvanecer, persuadiéndolos á que lejos de adquirirse algun dinero en semejante ejercicio, se pierde indefectiblemente.

Confieso desde luego que en un congreso de jugadores alguno ha de ganar forzosamente; de otra manera, ninguno perderia. Convengo tambien en que volteando incesantemente la rueda de la fortuna, valancea de unos á otros, alternando las ganancias con las pérdidas, y que por consiguiente nadie sabe si le tocarán éstas ó aquellas; pero niego que de aquí se pueden fundar esperanzas de adquirir. [Esto seria buscar ayopo en un principio que nada tiene de fijo, sino la subsistencia, y en que no hay cosa cierta, fuera de la incertidumbre misma. Por lo propio

que el perder y ganar se suceden sin guardar ley ni regla alguna, ¿qué razon tengo yo para aguardar la ganancia? Y caso que la logre, ¿qué seguridad de no perder en el momento siguiente, no solo lo adquirido, sino tambien lo mio? Aun siendo igualmente contingentes la ganancia y la pérdida, debería yo temer ésta, cuanto más siendo, como es, más regular perder que ganar.

Homero (1) pinta á Júpiter con dos toneles á los lados, lleno el uno de los bienes y el otra de los males, los que mezclados entre sí derrama sobre los hombres. Yo creo sería mayor el segundo que el primero, porque vemos son muchos menos los afortunados que los infelices en cualquiera clase de bienes por donde estendamos la vista. Qué comparacion tiene el corto número de los ricos, con el crecidísimo de los pobres; el de los nobles con el de los plebeyos; el de los sabios con el de los ignorantes; el de los colocados en puestos honrosos, con el de los desatendidos, y el de las mujeres hermosas con el de las feas y disformes? Este orden que invariablemente observamos en todas las cosas, en ninguna se resplandece más que en el juego, como en

(1) Lib. último de la Iliada,

donde reina únicamente la suerte, teniendo mucha parte en los demás la industria, el favor, la aplicacion y el trabajo.

Todos saben, con poca reflexion que hayan hecho sobre el particular, que al levantarse de le mesa de la diversion, son más los perdidos que los ganadores. El juego, que tanto se usa entre nosotros, consiste en una pura adivinacion, y el hombre está más propenso á errar, que á acertar. Cada uno de los tahures se halla rodeado de enemigos, que se valen de todos los medios, sin perdonar quizá ni aun los ilícitos, para hacer que pierda. La codicia insasiable que reina en todos, los precipita, segun San Ambrosio (1), y es causa de que essi siem pre sea más lo perdido que lo ganado. Finalmente, todo conspira á la pérdida; la suerta, la propension del hombre, sus compañeros, y hasta el mismo deseo y ansia que tienen de ganar; por eso son tan pocos los que lo logran, con respecto al número de los perdidos (2).

Sentada esta máxima como inconcusa, ¿no es una locura la esperanza de adquirir en el juego,

(1) Tomo 3.º. serm. del juego.

(2) Citado por Lafiteau. serm. del juego, tomo 2.º

y una crasísima imprudencia esponer el dinero en él? ¿Quién se entra en una selva en que son más las espinas que las flores, ó se aventura por una senda llena toda de precipicios? ¿Quién se atreve á subir á una montaña de donde se despeñan los más, aunque divise á algunos que han arribado hasta la cumbre? ¿Quién no teme viajar por un camino en donde hay noticia de que han robado á muchos, aunque sepa lo han pasado algunos sin caer en manos de los salteadores? Pero ¿qué comparo los riesgos frecuentes con los exitos felices que se logran rara vez, si se aterra el hombre del peligro aun en las empresas, que casi siempre prueban bien? ¿Cuántos rehúsan aplicarse aquellas medicinas que han sanado á innumerables, solo porque en uno ú otro individuo se han desacreditado alguna vez? Pues ¿por qué en el juego se ha de esponer el dinero, siendo más regular la pérdida que la ganancia?

Aun aquellos pocos reputados por dichosos entre los tahures, porque han gana lo muchas veces deben temer como los demás á la desgracia. En materias que dependen de la suerte, de lo pasado no se puede inferir lo venidero; porque la buena ó mala fortuna, como expresó alegantemente Feijoo (1), no es una cualidad inherente

(1) Tomo 1.º carta 37.

al sugeto, que forzosamente hará mañana el mismo efecto que ayer y hoy.

Pero quiero concederles á estos y aun á todos, que no solo ganen las más veces sino casi siempre: con todo, en alguna han de perder, y esto basta para que á juego largo se disminuya su caudal, porque una sola partida estravía más, que lo que se avanza en muchas ganancias. No hay quien ignore que todo tahur es parco cuando le dice bien la suerte, y precipitado si le sopla adversa. La causa que influye efectos tan contrarios es, que está fresco al ganar, pues no hay motivo para que se altere entónces; pero al perder, indispensablemente se acalora, se le exalta la viles, y se ciega queriendo vencer la fortuna, y contrarrestar el azar, á fuerza de dinero. Coopera no poco al mismo fin, el comercio de los jugadores de habilitarse y prestarse mutuamente, pues en virtud de él, si está ganando, todos le piden, con lo que le disminuyen las fuerzas para apostar recio, y lograr la buena suerte; y si está perdiendo le franquean poco á poco una suma crecida de dinero, en que al fin se haya adudado, y que tal vez no se hubiera atrevido á perder, si la hubiere visto junta.

Debe añadirse, que la pérdida es cabal, pues nadie ayuda con cantidad alguna al desdichado,

que la sufre; pero la ganancia no es entera, pues se va mucha parte, en dádivas, y baratos y no poca se pierde en los préstamos que entónces se hacen. Aun más, todos, como es constante, se quedan sin el dinero que pierden, que á nadie deja de hacer falta; y ninguno aprovecha todo lo que gana pues como adquirido sin trabajo lo disipa fácilmente. Es condicion del corazon humano, no cuidar lo que no ha castado el sador del rostro: razon por qué en todas la nacianes suelen los hijos consumir en breve los más gruesos caudales que les dejaron sus padres, y acopiaron á costa de muchos años y fatigas: ¿cuánto más obrará este principio en el juego, en que el ganador adquiere el dinero en un momento, y sin trabajo suyo ni de sus mayores?

Parece no hay otra cosa que decir, para desengañar á los tahures, que el estar más expuestos á perder, que á ganar, y que pocos instantes de pérdida dañan más, que aprovechan horas y aun dias enteros de ganancia. Pero para no dejarles, ni el efugio á que solo puede acojerse cada uno, de que tal vez estará reservada para sí la rara fortuna de adquirir en el juego, me avanzo á decir que ninguno gana en él.

Esta paradoja opuesta al parecer á lo que queda asentado arriba, de que en cada congreso de

jugadores alguno gana forzosamente, es un hecho verdadero que no pugna con aquel principio. En cada junta ó sesion del juego, alguno gana; pero en la coleccion de todas, ninguno, porqu el que gana en unas, forzosamente pierde en otras, y quitando estas más, que lo que dan aquellas, resulta disminuido el caudal del jugador. De esta manera los tahures en sus ganancia, no son sino unos conductos por donde sin hacer mension circulan las monedas, ó bien las reciben en depósito ó préstamo honeroso para pagarlas despues con usura. El que más gana, dice el venerable Sr. Pita fox, nunca cobra lo que muchas veces pierde: porque por el continuo jugar, todo se quoda en la casa donde juegan (1).

Pues ¿qué se hace el dinero? se dicipa en gastos superfluos, y perniciosos: solo en naipes se invierte una cantidad tan crecida, que asombra y no se creeria, si no constase en los estancos, los muchos que se consumen (2). Son aun más los costos de los tablajes ó casas de juego, con

(1) Manual de Estados y profesiones cap. 4 número 13 tomo 5.

(2) En el de la Instancia de Puebla se gastan de 11 á 12.000 el año que ménos, llegando algunos á 14 y 16 mil.

los de los oficiales mozos obsequios, velas y demás necesarios; agregándose los excesivos precios que allí se dan por cualquiera vagatela, como por una taza de chocolate, por un vaso de agua, y hasta por el asiento y lugar verificándose aquí la extravagancia, y exorbitancia de la cuenta de la venta en que cobraron á Wanton hasta la luz y el ruido (1). Estos son los gastos superfluos (2): los perniciosos consisten en lo que se invierte en vicios, y en mantener á los que no tienen otra profesion, y que á carecer de este fomento, por necesidad tomarian alguna ocupacion, en que se harian útiles á la sociedad.

Bien que ni aun estos deben por eso reputarse ganadores, pues solo comen y visten sin ha-

(1) Tomo 3.º cap. 12 país de las Monedas.

(2) Para conocer lo extension en cada reino y proporcionalmente en cada poblacion, basta la reflexion siguiente si solo cada mes se jugara, y no lo hiciera más que la vigésima parte del reino y el que más perdiera 4 p. habiendo muchos que perdieran 2 p. 1 p. 4 rs. ó 2, se tendria la pérdida por una friolera pues es el caso de la loteria que se colectan en cada sorteo 60,000 y al año 840,000 jouánto será lo del juego, que del diario se pierden cantidades incomparablemente mayores, y á mi juicio son más sus profesores que los que enetan en la loteria, la que se útil porque hace felices á muchos sin destruir á ninguno por sus moderadas entradas.

cer jamás caudal ni disfrutar ellos ó sus familias de una comodidad regular de vida, viéndose tan presto abundantes, como escasos, tan presto con esplendor, como sin él: verdaderos cometas del hemisferio político, en que tan presto lucen como desaparecen, y que para calificarse de tales, sobre ser funestos á la república, y de la clase de los candatos por sus reatos, no les falta ni la alusion del nombre, si se atiende al único fruto que sacan de su ejercicio. Ellos y cuantas continúan en semejante profesion al fin del juego en que se sueñan enriquecer, se encontraran con las manos vacias (1).

REFLEXION VII.

El juego daña en las alhajas y muebles

El juego es una especie de fuego que aunque solo se ceba en el oro y la plata, devora todo lo

(1) Dormierunt somnum et nihil invenierunt omnes viri divitiarum in manibus suis, Psalmo 75 v. 6.

demás para convertirlo en el pábulo que lo alimenta. A la disipacion de las monedas sigue la de las alhajas y muebles. En este caso el tahir aun antes de jugar comienzan á perder. Malvata primero sus cosas para reducirlas á dinero, y luego sacrifica éste al ídolo de su pasion. ¡Quién creeria si no lo viésemos por nuestro mismos ojos, que nada hay reservado para el tahir cuando llega á faltarle dinero con que continuar su profesion? No perdona á las alhajas de su mayor estimacion, ni á los muebles preciosos de su casa y su servicio, se deshace de los instrumentos y cosas necesarias de su arte ú ocupacion, y hasta de los vestidos sayos y de su familia. La frase hiperbólica de vender hasta la camisa que usamos cuando queremos levantar al punto la exageracion, tiene en el un sentido propio, real y efectivo. San Antonio de Florencia hace una graciosa comparacion entre los jugadores, y San Martín, cuando dió la mitad de su capa de limosna. Al precepto, dice, de la riegurosa suerte de un dado, se deja, no solamente la capa, sino tambien la camisa (1).

¡Qué lo que el hombre no vende aun por su justo precio para pagar sus deudas, y mandas,

(1) Parte 2, título 1.º capítulo 23 párrafo 6.

cumplir sus plazos y palabras, sobre todo remediar las mayores necesidades y urgencias de la vida, haya de malbaratarlo por el juego! Que no teniendo el dinero otro fin, ni apeteciéndose sino para adquirir con él los menesteres de nuestro uso, hayan de invertir este órden los jugadores, dirigiendo los menesteres á la adquisicion del dinero! Yo me los comparo á los mineros, que se pierden en su ejercicio, porque si estos se despojan de cuanto tienen en pos de la plata, aquellos todo lo consumen por el mismo fin, siendo en unos y otros iguales los medios y éxitos, invertir mucho para adquirir poco.

Es sabido que el tahir, en el trance para él de la mayor consternacion y angustia de no tener monedas que ir á sepultar á los tablajes, se afana, insta, ruega y suplica porque le compren sus cosas en menos de la mitad del ínfimo precio y en casi nada, como el que vendió su primogenitura en un plato de lentejas. Cualquiera cantidad le parece bastante, porque se promete con ella ganar mucho, lo que despues de restauradas sus alhajas, lo deja con fondo. Pero ¡ah! que el efecto no llena sus esperanzas y se queda vacio de uno y otro.

Lo más raro y digno de notarse es, que no solo el que pierde, sino tambien el que gana, resier-

te quebranto en sus muebles y alhajas; aquel vendiendo, éste comprando: aquel porque malbarata sus cosas, y éste porque las adquiere á peso de oro. Nunca falta cierta clase de mercaderías, cuyas tiendas son los garitos, sus mostradores las mesas de juego, y sus ganancias las más exorbitantes, bajo el título de que reciben poco á poco, aunque en breves horas, la importancia de sus mercaderías: pretexto que no justifica á los otros usureros, aun siendo mayor la dilacion de su cobranza, y mucho menos su lucro. Meten por los ojos sus efectos, los vuelven de arriba á bajo y del uno y otro lado para mostrarlos á los circunstantes, ponderan su bondad y calidades, y pronuncian en su elogio tales arengas acompañadas de visajes y ademanes tan patéticos, que hablan más con el cuerpo y el gesto que con la lengua y los labios, y son capaces de embahucar al mas diestro: ¿cuánto más al que enagenado con el juego no les presta toda su atencion, y por lo mismo se alucina fácilmente?

Sea por esta razon, ó bien porque aun conociendo el jugador el excesivo costo á que le venden una alhaja, se le figura asegura en ella la ganancia del juego, como si no hubiera de malbaratarla en el tiempo de la pérdida; ó ya, finalmente, porque entonces vé el dinero á poco

más ó menos, como adquirido sin trabajo: él, por último, la compra á la mano, como ellos dicen, á duplicado precio de su valor. Aun fuera del juego, con tal que sea de lo ganado, no rehusa dar diez, por lo que en otras circunstancias no daría cinco.

REFLEXION VIII.

El juego embaraza los ascensos y proporciones de buscar y pasar la vida.

Es cosa muy natural al hombre el apetito de ser. Sereis como dioses, dijo la serpiente á nuestros primeros padres, y bastó esta exhortacion para que quebrantaran el precepto, así como atropellan innumerables los ambiciosos por obtener los empleos á que aspiran; con todo, este deseo tiene ciertos límites y linderos por donde esplayarse sin vulnerar la religion y la justicia. Entrar en los puestos por la puerta del mérito y subir á las dignidades por las gradas de los

servicios, es un camino honroso del sér; pero que se cierra enteramente por el juego: no hay carrera en que éate no embarace los ascensos.

En las eclesiásticas es constante que no pueden ser promovidos los jugadores (1), porque así lo dicta en ellas y las demás la razón natural. En cualquiera se ofrecen insuperables dificultades y escollos inevitables para un taur. Si se ocupa en los tribunales, se presenta luego la desconfianza de que abandone todos sus deberes por entregarse al juego: si se le encarga el gobierno de otros, ocurre el temor de que los corrompa é inficione abusando de la superioridad: si se le confía el manejo de los caudales públicos, hay certidumbre moral de que los gaste y disipe: si se coloca en un matrimonio ventajoso, su inclinación al juego prepara la ruina de la infeliz jóven con quien se enlaza, y la destrucción de una ó muchas familias: su profesión, en fin, lo inutiliza para todo.

Sus contrincantes la publican, sus protectores desmayan, nadie se atreve á hablar por él, no se encuentra quien salga por garante de su conducta; sus servicios se desatienden, los su-

(5) Bobad. lib. 2. cap. 13 núm. 18 Polit.

peiores lo abandonan, se le prefieren las que él no juzgaba así, se le niegan aun los grados y ascensos á que por otra parte se habia hecho acreedor, y se repele muchas veces de la plaza que obtiene. ¡Qué de ejemplares que han pasado por nuestros mismos ojos, podria yo citar si la caridad no pusiese un eandado á mis labios, ni descuyntase mi brazo cuando se trata de tirar á ventana señalada! Muchos recordará luego su fantasía á cada uno la que me sirve de relación, que yo no puedo individualizar.

Lo que no debo omitir es, que á más de inhabilitar el juego para los puestos y empleos, frustra los demás conductos de pasar la vida. En la labor, en el comercio, en cualquiera giro, se necesita quien habilite, quien fle, quien dé la mano, y no hay quien haga estos oficios por un taur. Todos desconfían justamente de su conducta, y no se resuelven ni á tratar con él. Los mismos jugadores no ponen sus intereses en manos de otro jugador, porque saben por experiencia propia, lo que por discurso y reflexión conoció la celebre poetiza francesa Antanieta de la Guardia: que no es tan fácil como se piensa ser hombre de bien y jugador grueso (1).

(4) Feijó tomo 2.º cart. 7 núm 5.

Aun es más negra la nota en que Alfonso el Sabio les dá en cara á los jugadores, y por la que se justifica la desconfianza que de ellos tiene todo el mundo. Sus palabras deben transcribirse á la letra, y son dignas de imprimirse en la memoria de los hombres: "En todo hombre, dice, debe asmar que los tahures, é los bellacos, usando de la tahureria, por fuerza conviene que sean ladornes, é omes de mala vida (2)." ¡Qué honrosa defuicion!

REFLEXION IX.

El juego daña en las amistades:

La amistad que Sócrates preferia á la posesion de los demás bienes, que Ciceron reputó el mayor don que los mortales han recibido de los

(2) Ley 6 tit. 14 Part. 7.

Dioses (1) y el Exmo. llamó remedio de la vida, y de la inmortalidad (2): aquella virtud que duplica el gozo en la prosperidad, disminuye la pena en los infortunios, y multiplica á un individuo en otras tantas personas, cuantos son los amigos verdaderos; ésta sufre: mortales golpes, y padece sensibles quiebras en el juego, consideracion que solo deberia hacerlo odioso entre los hombres. No necesito para persuadirlos de usar de dilatados discursos ni buscar de lejos las pruebas, cuando él mismo las ministra sobre abundantes.

La amistad es un lazo que ata los espíritus, conférmando entre sí las voluntades, pero si éstas tiran por rumbos encontrados, rompen la coyunda y disuelven la amistad: de tal oposicion de afectos, es un manantial pereuna el juego: si los amigos no siguen la misma profesion, ¿cómo han de poder convenirse con un tahur? La amistad verdadera, como consiste en el fondo de la caridad, es paciente, y sobrelleva los defectos y flaquezas; pero no tolera los vicios, que se le oponen y la destruyen enteramente, ¿Qué sociedad

(1) Libro 2º de amicitia.

(2) Capitulo 6 v. 16.

podrá haber entre lobos y corderos? ¿Ni qué amistad entre un hombre que piense con rectitud y juicio, cual debe ser un buen amigo, y un jugador, cuyas costumbres forzosamente corrompen sus profesiones?

No es menester levantar la consideracion hasta el órden de la gracia; ¡aun hablando de Tejas abajo, y obrando un hombre por solas las luces de la razon, no puede conformarse con un tahur. Sparta rehusó la alianza de Corinto por la nota de jugadores con que estaban manchado sus príncipes, y por la misma causa Augusto César fué despreciado de los suyos.

Quien sigue este ejercicio ¿á qué oficios no faltará de la amistad cuando se olvida de sí mismo? Dejará de ver un amigo muchas veces de las que deba; no le servirá cuando necesite de su auxilio; lo cansará con repetidos préstamos que le serán gravosos por el fin á que se dirigen de fomentar una pasion: lo enfadará con resistir los consejos que es fuerza le dé, sobre que abandone su profesion, y desesperado al fin de su enmienda, se avergonzará de asociarse con él, y le dará de mano, porque á los tahuras ninguno de los que no lo son los ven bien, ni llevan en paciencia.

Mas demos que los amigos sean tahures tam-

bien: entónces es más difícil se conformen las voluntades. El espíritu de codicia que anima ános y otros, no puede desahogarse sin lesion de la amistad. Irán y se sentarán juntos en los tablajes; pero estarán muy distantes unos de otros en sus deseos, se ofrecerán y prestarán mutuamente su dinero; pero apetecerá cada uno barrer con todo; sentirá éste la ganancia del otro si ella comprehende tambien á sus monedas; y se alegrará de su pérdida, si cede en su favor: finalmente, el calor del juego, que no dá lugar á ninguna reflexion, hará se falten á cada paso en distintas mendencias, que excitarán repetidas quejas, y resfriarán del todo los afectos.

Las mejores amistades que se han conservado largo tiempo, no duran mucho si se prueban al crisol del juego. Los mismos tahures reconocen que allí es el puesto donde se ven más infidelidades é inconsecuencias, y cualquiera lo conoce, si medita su espíritu, naturaleza y circunstancias, contrario todo á la amistad. La sentencia comun de que él es la piedra de toque de las gentes, tiene lugar con los que juegan de cuando en cuando, y con todos en los principios antes de corromperse; pero no con los que lo hacen de profesion. Ella exige que todos sean enemigos en el puesto, que no es sino un combate, en

que pugnan los unos con los otros: ¿cómo pues es posible que allí mismo sean amigos?

Perdidas por el juego las verdaderas amistades, entran á reemplazarlas las que allí se adquieren, que es un segundo daño. Más valdria quedarse sin ningunas, que ocupar el hueco de las buenas con las malas que las suceden. ¡Cuántas veces un vecino de calidad y distincion, tiene que avergonzarse de hablar en público con un bribon, ó con un gabacho que lo obligó en el juego, y que se complace en lucir su familiaridad!

¡Cuántas se halla precisado á interponer por él sus respetos en asuntos tan bajos y ruines como su dueño? ¡Y cuántas tiene que sufrir por esta causa las zumbas y escarnios de los de su clase, á más de ser á sus espaldas el blanco de las sátiras y murmuraciones del pueblo!

Y aunque las amistades sean entre iguales, como no tienen más fundamento que el interés, ni se terminan á las personas, sino al dinero, no produce otro efecto que un comercio incómodo y gravoso, ni tiene más valor, como decia Solon de los amigos de los tiranos, que el de los números en el arqitrio del contador, que segun sus diversas posiciones unas veces valen mucho otras poco, y otra nada. Si los han menester se los me-

ten por el alma, y se derraman en expresiones: estas se disminuyen á proporcion que aquella necesidad, y cesan del todo faltando ella. Con los amigos del juego se usa el mismo manejo, que segun Diógenes (1) observó Dionisio con los suyos, esto es, se tratan como á vasos de poco valor, si están llenos se vacian; y si están vacios se arrojan ¡Qué vileza tan indigna! ¡Qué amistades tan detestables!

REFLEXION X.

El juego varta la bella indole ó el genio.

Aquel adagio vulgar que equipando el genio con la figura, enseña, no se separa del hombre sino en los bordos del sepulcro; si se le dá un

(1) Apud Brosoniom libro 1º capítulo 3º Utitur ut Vaculis, dum plena sunt evacuate adjicit.

sentido literal, como parece se entiende comunmente, se falsifica por la experiencia; porque sabemos que Sócrates, siendo de un genio violento, precipitado y brutal, llegó á reformarlo enteramente por la razon, porque ella dicta, que ni la religion ni la naturaleza, prescriben imposibles: y lo serian, supuesta aquella maxima, muchos de sus preceptos que pугaan con innumerables genios. Ni se diga que la ley solo nos prescribe los actos opuestos al genio, los que conservándose éste, pueden ejercitarse aunque con violencia: porque muchas veces ordena la misma inclinacion contraria, como consta del amor del enemigo.

Yo pues consibo que el adagio se dirige á explicar la dificultad; pero no imposibilidad de mudar la índole. Ella no es sino aquella propension de cada uno, que lo inclina más á unas acciones que á otras, la que llega por fin á variar-se por la repeticion de actos contrarios. De este modo digo, que la deteriora el juego trasformándola de buena, en mala, y de mala en peor.

¿Qué metal hay tan sólido que resista á los repetidos golpes del martillo; ó qué peñasco tan duro en quien no abra agujeros, ó canales la contiuacion del agua que le cae encima, ó se desliza por él? Cualquiera reflexionará que mu-

chos sujetos opuestas naturalmente al juego, y que solo por fuerza entraron en él, se habitúan de tal manera, que la aversion se convierte en inclinacion que los arrastra. El mismo efecto se experimenta en el genio puesto en el taller del juego, cuyos insensantes golpes son contrarios á lo que llamamos bella índole por lo que no es mucho la varfe.

Allí son frecuentes los motivos de indisposicion, nacidos ya del azar, ya de las impertinencias de los tahures: es necesario enojarse contra ellos á menudo, y manifestárselos para poner freno á sus bellaquerias, que no tendrian límite á conocer se les sufrían: es menester muchas veces contener y moderar aun las expresiones de urbanidad, porque no abusen de ellas: es preciso á cada paso estreger al jugador y cortesía que embaraza avergonzar á un hombre cara á cara, ó bien regando lo que se pide, ó ya cobrando lo aduendado, y es inevitable á cada momento revestir el semblante de un aire malancólico, ropaje propio de un ánimo pensativo, y angustiado. La multiplicacion de estos actos va adormeciendo ó borrando poco á poco el buen genio al mismo tiempo, que hace más y más vivaces, las inclinaciones contrarios cuya fuerza para conmover al

alma crece de día en día, hasta convertirse en costumbre y naturaleza.

Entónces desaparece la bella índole, y el tahur es otro hombre del que solia. De afable se vuelve áspero, y duro, de cortés grosero é insufrible: de placentero y alegre; triste y maellento: de decidor y chistoso; taciturno y dasabrido: de tolerado y enfrido, indiscreto é imprudente, de manso, en fin y pasífico, y desesperado, que de nada se altera, no oye razones y mira como ofensas aun los favores mismos, Porque pasa una mosca [se irrita, reconvine sino le saludan, y se agravia si lo hacen: regaña por lo bueno y por lo malo, en una palabra impaciente en todos instantes, nada le parece bien, y le enfadan hasta el sol y el aire.

¡Qué cadena tan dilatada de desastres, la que sigue á hesta variacion de genio! ¡Cuántos infelices se hacen partícipes de los disgustos, que les origina su profesion, y pagan inocentes lo que no han causado! Todos los sinsabores del juego, y aun cuando no los hay los malos afectos de un genio deprevado, y brutal que allí mismo se han formado se despojan, en quien no tienen culpa, y lo que es más se le suele atribuir ésta por unos principios traídos muy de lejos, y que aolo en una razon ofuscada, pueden servir de base á unas

consecnencias tan disparadas. ¡Qué vida la de aquella mujer con su marido, la de aquellos hijos con su padre, la de los criados con el amo, la de todos los domésticos y aun vecinos con un jugador impertinente, que no habla otro idioma que el de la ira, ni tiene más semblante que el de la cólera!

Yo podría añadir, que todo esto recae sobre no atender, como antes de su vicio, las necesidades y urgencias de su familia, trasformándose de liberar en ruina y tacaño; pero no hay quien ignore que esta es la primera mudanza que causa la profesion, y ya dijo Aristóteles que ningun jugador es liberal, porque se versa en una torpe negociacion, que no anima otro espíritu que la codicia y el más sórdido interés (1).

(1) Aleatores fures et latrones esse eliberales es quod in turpi lucro versentur et omnia faciant quaestus causa. Libro 4.º cap: I.

REFLEXION XI.

El juego perturba el reposo.

Uno de los poderosos alisientes del juego es el deleite y complacencia que se busca en él. Yo juego dicen muchos por divertirnos, y tomar algun desahogo de mis tareas, y lograrían sin duda este efecto en los moderados que permite la ley pero jamás lo conseguirán en los excesivos y prohibidos.

Confieso que á estos se les presentan en los principios como una ninfa de extraordinaria, hermosura, cuyas gracias lo seducen, y por lo mismo es necesario advertir á los incautos, que su belleza es aparente, y que quitada la mascara de Deidad, no son sino una furia infernal, que en vez de solazar, y recerar inquieta y perturba el reposo enteramente,

¿Qué vida más arsastrana que la de un tahur en quien ni la tarde, y la mañana ni el dia y la

noche, ni la comida ni la cena, ni el sueño, y la vigilia guardan un orden regular, aun en el desorden mismo? Unas veces duermen de noche, otras de dia: en unos madruga, y en otros lo visita el sol en su lecho, desde su mayor altura: hoy come muy temprano, mañana muy tarde: á veces la siesta sigue á la comida, á veces la precede: ayer no tomó alimento en todo el dia, hoy lo toma repetidas ocasiones: ya es su manjar lo primero que se encuentra, ya lo más exquisito y delicado, aunque lo mismo es uno que otro, pues estando siempre de prisa, más angulle que come, y así no toma sabor á las viandas, ni las aprovecha ni le nutren.

Esta inquietud interior, no es más que indicio de otra mayor que abriga el corazon y agita el espíritu. Durante el juego es el corazon del tahur uno veleta; á quien soplan sucesivamente diversos vientos, ó una pelota con que juegan los afectos, tirándola de unos á otros sin cesar. El temor y la esperanza, la alegría y la tristeza, la ira y la desesperacion, mil deseos y cuidados, mil zozobras y palpitaciones lo insitan y combaten. Tan presto se alienta como se acobarda: tan presto se modera como se perturba: tan presto habla demasiado como entra en muda: tan presto alaba como maldice á su suerte, y

muda más semblantes que Proteo figuras. Durante el juego está su espíritu, dice San Francisco de Sales, atado y oprimido con perpetuas inquietudes y congojas (1). ¿Podrá esto llamarse tranquilidad y descanso? Pues aun no es todo lo que pasa.

Concluido el juego, una pronta despedida y una salida precipitada, son la primera señal de la rabia que interiormente lo despedaza. Mientras duraba la sesion, mitigaba el dolor de la pérdida la esperanza de que en cada momento podía voltear la fortuna y desquitarse, para lo que se valia de mudar asiento y variar de naipe, y barajarlo de diversos modos; pero fuera del tablaje se desvanece aquella esperanza, y fria ya la herida, siente todos sus ardores.

En las calles casi no ve por donde pisa, ocupado el pensamiento en hacer sus cuentas y tirar medidas para cubrir las deudas que contrae. Entra en casa sin hacer caso de nada, ó regañando por todo. Quisiera desnudarse con la ropa de las ideas que lo oprimen; pero ellas lo asaltan hasta la cama. Da incesantes vueltas debajo de las sábanas para coger el sueño, que

(1) Vida devota, cap. 32.

tarda mucho en ocupar sus ojos. Un vuelco del corazón lo despierta asustado en la media noche ó muy de mañana, siéndole ya entónces la pérdida más sensible y como una lápida sepulcral que tiene encima, cuyo peso agrava la fantasía, representándole á su puerta los acreedores, para cuya paga no tiene tal vez reales algarinos, ni esperanza, ó aunque los tenga, se le hace dura la exhibicion, y sensibilísima la separacion.

No quiero añadir la aficcion que suele acompañarlo de no tener ya dinero con que continuar, y la solicitud en buscarlo: basta á oprimirlo sin estos agregados, la sola amargura de la pérdida. Esta es una zaeta que lo atraviesa por donde quiera que va: discurre desasosegado de una á otra ocupacion, sin insistir en alguna, porque en nada halla consuelo: su espíritu se ve rodeado de mil ideas funestas, de que no puede desprenderse: el mismo conato de borrarlas y divagarse á otros objetos, las imprime más, representándole vivamente con todos sus lineamientos y colores, los lances, las personas, y las más menudas circunstancias de su desgracia, por más que quiera apartar la vista interior, siempre tiene estampadas en su fantasía las cartas y figurillas, como un naipe desparpajado

sobre una mesa, y entónces suele formar dictámen, y promete dejar el juego, lo que aunque no cumple, es prueba clara de su angustia y de su convencimiento.

Semejante escena se repite muchas veces, aunque en unas es más trágica que en otras. Una sola catástrofe debería escarmentar á los tahures, ¿cuánto más las muchas que experimentan, siendo más regular perder que ganar? Sobre todo, ellos mismos es fuerza hayan observado que más pesar causa una pérdida, que gasto una ganancia igual. Por eso sienten perder lo ganado, tanto como lo propio, y ganar lo que habían perdido no les hace la mayor impresion, como lo denota aquel semblante y despejo con que dicen entónces: no he hecho cosa: tomé desquitar-me: de suerte que, si no salen con lo que habían ganado, se dan por perdidos; y si restauran lo que habían perdido, no dicen que ganaron. La razon de ésto es, porque como los anima la codicia, que es insasiable de por sí: cualquiera avancé les parece corto y no llena sus deseos, al mismo pa-o que la menor pérdida se les figura insoponible. Esta es la razon que luego se ofrece; pero yo he procurado profundizar más, y me parece que he encontrado la radical y fundamental.

En los afectos y pasiones son más fuertes las que tienen por objeto al mal, que las que se ordenan al bien. La ira, que no tiene contraria, es la más ectiva de todas: la tristeza más que la alegría: el ódio, que el amor: el temor y la desesperacion, que la esperanza y audacia: el llanto que la risa; y el dolor que la delectacion. Parece que así lo requiere la calidad de desterrados y delincuentes con que habitamos un valle de lágrimas y que dos causas cooperan á producir este efecto; la primera es, que los bienes de esta vida, no son verdaderos; y sí son verdaderos males los que nos rodean; la segunda, que los afectos que se dirigen al bien son convenientes y conformes al movimiento del apetito; y le son repugnantes y contrarios los que tienen por objeto al mal, como dice Santo Tomás (1), es verdad que el mismo Santo enseña que el amor es más fuerte que ódio (2), y la delectacion más apetecible, que detestable la tristeza (3), pero no habla sino atendida la razon genérica y abstraída de los objetos, en cuanto que el bien, como

(1) Prima secund. q. 37. á 4.

(2) Prima sec. q. 29. á 3.

(3) Prima sec. q. 35. á 60.

ente positiva, debe ser más activo que el mal, que es una mera privacion, confesando allí mismo, que el ódio es más sensible que el amor, y la tristeza, que la delectacion.

Resulta pues de todo lo expresado que siendo la ganancia del género del bien; y del mal la perdida debe originar ésta mas disgusto que gozo aquella, ¿Y despues de ésto se mirará todavía como recreacion y descanso un ejercicio, en que son más en actividad, y número los sinsabores que los regocijos? Terrible desatino llama á esto el V. Sr. Palafox, hablando de los garitos y jugadaes, de quienes, continúa, salen rabiando y dicen que se entretienen.

No niego que allí se abstrae el hombre y arrebata enteramente; pero como es con zozobra, inquietud y perturbacion, más es trabajo que descanso: como recoge toda su atencion, lo ocupa y fatiga más que lo entretiene; y como es con desagrado, no lo divierte, sino que lo separa con violencia de los demás objetos, como lo haria un dolor agudo que sintiese en cualquiera de sus partes,

REFLEXION XII.

El juego extraga la salud.

Que la salud del cuerpo se quebranta por la continuacion del juego, se ve leego en los semblantes de los tahures de profesion. Los más de ellos flacos, chupados y descoloridos, más parecen cadáveres que vivientes, y la primera idea que manda su presencia, es la de una salud estragada y consumida. A no ser así, yo tendria sus cuerpos por de bronce ó de diamante, porque su ejercicio debe arruinar las fuerzas todas de la naturaleza; y atraerles las enfermedades y las dolencias. La vida desarreglada, la agitacion continua de los pasiones, y la afliccion de espíritu, son otras tantas causas que conspiran á este fin.

¿Cómo podrá conservarse la salud en medio del desórden? Las causas naturales es fuerza que obren. La vida sedentaria, la informidad de

posturas, las más veces incómodas, las malas comidas tomadas á deshoras y sin gusto, tantas noches pasadas en perpetua vigilia, y el bochorno continuo de su excesivo calor, que originan los álitos y vapores de diversos cuerpos inficionando al mismo tiempo el aire, que se respira es preciso perturben el equilibrio de los humores, y desconcierten una máquina de tan delicados resortes, como el cuerpo humano. Lo menos que causan son catarros, fluxiones, dolores de muelas, corrimientos y costipados, muchas ocasiones calenturas malignas y tabardillos; otros por arrebatarse el calor á la cabeza desamparando el estómago, causan crudezas é indigestiones, que engendran el humor melancólico, origen de innumerables enfermedades (1) y siempre abrevian insensiblemente los dias de la vida, marchitando la flor de la edad, envejeciendo, destruyendo y anticipando las sombras del sepulcro.

La agitacion continua de las pasiones, obra aun más que el desarreglo para desentonar la naturaleza. A todos los efectos del ánimo corresponde en el cuerpo cierto movimiento ó alteracion que se manifiesta aun en lo exterior y por

(1) Allen in sinopsi, Medicinis cap 3 núm 402 y 403.

el que vemos muchas veces en los semblantes, lo que pasa allá dentro del alma. De los gemidos y suspiros inferimos la tristesza, y el dolor: del aplaudir con las manos y dar saltos, la alegría: de volver la cabeza con arrugado ceño á la vista de un objeto, el desagrado que causa: de la dulce risa y estrecho abrazos, el amor; de encenderse el rostro la ira ó vergüenza: de la palidez y temblor de miembros, el susto y temor; y así de los demás. El movimiento interior, como que es causa del que aparece á fuera, es más activo alterando principalmente la sangre, los espíritus animales y el corazon. Este se comprime ó dilata, segun la diversidad de afectos, y aquellos apresuran ó retardan sus cursos, varían sus giros á diferentes partes, y unas veces se atrapan al corazon, poniéndose otras en precipitada fuga.

Tan varias mutaciones originadas de la multitud de afectos que incesantemente alternan en el juego, como queda expuesto en la anterior reflexion, es preziso dañen á la salud. No es necesario consultar: la razon natural, desnuda de otros conocimientos, lo persuade. No es el cuerpo humano más duro que el marfil, y los repetidos movimientos y golpes de una bola en el el truco lo acaban y consumen. Santo Tomás

reflexiona, que aun los afectos que se ordenan al bien, y por consiguiente son conformes al apatito pueden, ser nocivos por el exceso; los que ven como objeto al mal por su misma especie, y así concluye, dañan todos los de este género como el temor y desesperacion, y sobre todos la tristesa (1).

Pero prescindamos de la alteracion que causan en el cuerpo correspondiente á cada una de las pasiones, y demos que son conformes á la salud; siempre es innegable que afligen el ánimo en el juego, lo que basta para que él sea un origen fecundísimo de enfermedades. El espíritu es la parte principal del hombre, y su íntima union y comercio con el cuerpo, hace que redunden á éste sus afecciones en aquella manera de que es capaz, segun la distincion de ambas substancias: de suerte que lo que en el alma como espiritual es angustia, en el cuerpo es achaque ó dolencia.

Muchos médicos sabios en la direccion de sus enfermos para sanarlos, han atendido principal-

(1) Pasiones quae importan motus appetitus cum puga, vel distractione quodam repugnat vitali mentione, non solum secundum quantitatem, set etiam secundum spetiem motus, et ideo simpliciter nocent, sicut timor et desperatio et praeter omnibus tristitia. *Prima secund. q. 37. á 4.*

mente á refocilar el corazon y alegrar el animo. Galeno dice, que el marqués de San Ambin refiere que curó muchas enfermedades calmando la agitacion del espíritu y poniéndolo tranquilo.

El asegura que el método de Escalapio era poner cuanto podia de buen humor á los enfermos, excitarlos á reir, distraer su imaginacion de la enfermedad con canciones, músicas y otros géneros de recreaciones de su gusto, Ascleapides hacia consistir la medicina en todo lo que era capaz de lisonjear la naturaleza (1). Luego por el contrario; no le enfermó precisamente lo que le repugna, lo que pone al hombre de mal humor, fatiga su imaginacion, perturba su sosiego y agita su espíritu con incesantes angustias y afliciones? Y no son éstas el fruto que produce el juego, ó como una perenne lluvia que los riega? ¡Jugadores infelices! no cerreis los ojos á un golpe de luz que os manifiesta el principio de caer en la sepultura; retirad luego el pié que teneis estendido, hácia ella, porque os vais á precipitar.

(1) *Tratada de la opinion tomo 3, libro 4. cap. 4.*

REFLEXION XIII.

El juego quita el honor.

Siempre se ha reputado por menor pérdida aun la de la vida, que la del honor; y es tan estimado, que él es el que alienta en los peligros, infunde valor en la campaña, sostiene en los trabajos y anima todas las tareas y empresas de los hombres. No es posible para describirlo, recoger los apotegmas que han exparcido los sabios en un campo tan dilatado. Santo Tomás (1) lo define: testificación de la excelencia de otros; palabras que lo explican con la mayor claridad y comprehenden cuanto le pertenece. Es, pues, el fundamento del honor la propia excelencia, su requisito el que ésta se reconozca y aprecie por los demás, y su esencia el testimonio que

(1) Prima secund. q. 2. á 2.

dan de este conocimiento y aprecio con las señales y demostraciones que tributan. Y ved aquí lo que quita el juego á sus profesores. Ellos, en primer lugar pierden el crédito y estimación; no les hacen las demostraciones y reverencias que corresponden á su carácter y empleos, y ellos mismos destruyen su excelencia envileciéndose. No hay nota que más infame que la de tahir. Su ider y la del desprecio son inseparables. Aun en los que no fondean toda la maldad que encierra este nombre, se horrorizan al oírlo pronunciar, porque en globo y en conjunto la conciben odiosa y detestable. No hay prendas que la contrapesen, pues las más realzadas se enlodan y manchan con ella. Los mismos tahures tienen en poco á los demás, haciéndose cada uno la gracia de no comprehenderse en el común, ya porque no juega tanto como otros, ya porque no usa de trampas, ya porque busca principalmente la diversion, y ya porque lo precisa á ello su pobreza, razones todas fatiles, como cuantas alegan para justificarse, de las que parte quedan impugnadas y seguirán impugnándose en adelante. Mas permitámosles que son legítimas sus disculpas, lo cierto es que el público no las califica de tales, y que sea el que fuere, el motivo de cul-

tivar el juego con justicia ó sin ella, lo mira con desprecio y son infames en su concepto los jugadores. En materias que tocan al crédito y la fama como que no existen sino en la opinion de los hombres, dañan hasta sus errores; y es menester precaverlos, si se quiere tener aquel cuidado del buen nombre, que encarga el Eclesiástico (1). Sea pues error ó sentencia verdadera, el mundo ve mal el juego, lo que basta para que en él se pierda la estimacion, y que su mancha no pueda lavarse con agua alguna ni tenga más remedio que quitarla.

Coopera tambien para el descrédito, lo que los tahures abultan las ganancias y pérdidas de los otros, estendiéndolo la voz de que perdió, quinientos por ejemplo, el que solo perdió ciento. Cuando esto cae en sugeto que maneja caudal ageno, ó de quien se sabe que no tiene tanto que perder, no puede menos que inducir mal concepto de su conducta. El aumento de la ganancia puede dañar, si se atribuye á quien está precisado á algunos gastos ó pagas que no hace por que efectivamente no ganó lo que se dice; en tal ca-

(1) Cosam habe de bono nomine cap. 41, par. 15.

so se tacha á la parte de poca gana de pagar, ó falta de hombría de bien.

Perdida la reputacion, es consiguiente falten tambien las demostraciones de respeto y cortesía. Los que no son tahures huyen la compañía y trato de los que lo son, porque no se juzgue piensan como ellos; se avergüenzan de hablarles en público, y se lastiman de que por su vicio afeen sus otras buenas circunstancias. De los jugadores es sabido cómo tratan en el puesto á la persona más caracterizada. La naturaleza exige allí el desprecio y desatencion; porque el respeto que se tributa á un hombre de circunstancias nace del concepto que se tiene de él, el cual, aunque es obra del entendimiento, depende en mucha parte de las ideas que se forma la fantasia. Nos imaginamos á los hombres grandes de otra especie, los vemos de otro color, y hasta las miserias de la naturaleza nos parece no tienen lugar en ellos. Semejantes fantasmas se desvanecen con la íntima familiaridad de juego y con verlos igualados con los demás, de lo que es consiguiente se rebaje el concepto, y por lo mismo el respeto y veneracion. Si la mucha comunicacion, aunque sea decorosa, origina menosprecio, cómo no la causará la que degrada, cual es la del juego?

En efecto, el sujeto más distinguido, hace allí un papel despreciable. Este no se quita el sombrero, aquel le voltea la espalda, el otro le pasa el brazo por delante del rostro, quien lo empuja y quien le dice una libertad ó lo desaira y avergüenza. ¿Y qué diré en el caso de que le hayan prestado algun dinero? Si no lo paga prontamente, ¿qué dominio adquieren sobre él; qué bochornos los que le hacen sufrir; qué ejecución y groserías en la cobranza? ¿Y que haya quien habiéndolo experimentado no abandone al punto la profesion?

Pero, ¿qué mucho, si cada tahir es el primero que se desprecia á sí mismo! Confesemos que no hay jugador que no se abata y envilezca. Para recibir esta investidura, parece se desnuda de todas sus preeminencias. La calidad, el nacimiento, la dignidad, el puesto, la sabiduría, el poder, todo desaparece y de todo se olvida quien no se acuerda sino del dinero. Por él se iguala con todos, se humilla á los ínfimos, y tolera á los atrevidos. Con razon dijo Alverico (1) que los jugadores son reputados por viles personas, y San Antonio de Florencia, que no hay vicio

(1) Citado por Bob. pol. lib. 2, cap. 13, núm. 18.

que infame ni envilezca tanto á los hombres, como el juego (1). ¿Qué honor debe haber en donde no reina sino la más vil de las pasiones que es el interés?

Por esta causa hasta en los concursos en que todos los jugadores son personas de distincion aunque la buena crianza cercena mucho de aquellas acciones propias de la falta de educacion, siempre padece el honor. El juego, en cuanto llega á ser excesivo, deja de ser diversion, para la que basta una apuesta moderada, y pasa á interés y codicia. Esta hace que no se atiendan distinciones ni preeminencias, y que ninguno guarde su decoro, ni mucho ménos el de los otros. De aquí resulta que se faltan mútuamente á la atencion debida, se pierdan el respeto, y destruyan el honor. ¡Oh, y cómo si conocieran los jugadores el valor de tan preciosa joya, bastaria esta reflexion para que se separasen de su infamante ejercicio,

(1) Part. 2^a, tit. 1.^o, cap. 23, párrafo 6.

REFLEXION XIV.

El juego pierde el tiempo.

Ninguna de cuantas pérdidas origina el juego, ni juntas todas las que van referidas, son comparables con la del tiempo. La pluma misma se estremece al tocarla, y tropesando en horrores discurre con languidez, cuando yo la quisiera tan rápida y penetrante que hiriese los corazones. Solo teñida en esa sangre, de que únicamente pueden formarse lágrimas dignas de tanta pérdida, la expresara con viveza; pero, ¿qué importa, si en este punto hablan los sabios de todas las naciones y de todas las edades! De sus dichos unánimes se levanta una voz poderosa á que nadie puede cerrar los oídos.

Ella nos dice que el tiempo es el único bien que poseemos, y está en nuestra mano: que es el más precioso de todos: que es del que tenemos más necesidad; que hemos menester suma vigi-

lancia para disfrutarlo, porque corre rápidamente: que su pérdida es irreparable, porque el día que pasó no retrocede jamás, sucediéndose las horas y momentos como las olas de un río, en que cada una empuja á la anterior, al mismo paso que es impelida por la subsecuente, y que que es brevísimo, comparado con lo que requiere cualquiera profesion, pero mucho más con la eternidad, respecto de la cual es como la sombra que se disipa. Por eso el Apóstol, aun en las cosas necesarias, no quiere que se inviertan sino los instantes precisos, usando con tal prisa tado lo del mundo, como si lo usáramos porque pasa velozmente su figura (1). De estos principios se deja caer por su propio peso la consecuencia forzosa de que es la mayor de todas la pérdida del tiempo.

Pero, ¿por qué se le ha de imputar al juego principalmente? ¿No lo disipan los hombres en otras innumerables ocupaciones vanas y superfluas? Sí, efectivamente; pero el juego lo consume sobre todas. En éstas es más por vicio

(1) Qui utunt. hoc mundo tanquam non utant. Præterit enim figura hujus mundi. Epist. 1.^a ad Corint., cap. 7, y. 31.

del hombre, que de ellas mismas; en aquel al contrario; en sí mismo consiste el defecto, aun más que en el hombre, y éstas lo disipan, aquel, puede decirse con verdad que lo devora. Son dignas de desentrañarse estas dos reflexiones, de las que la última no sé cómo pueda meditar-se sin conmover.

Yo tengo al juego por la ocupacion más nociva al tiempo, porque es sin duda la que más embelleza, haciendo se le rindan las otras pasiones. En las demás diversiones, ó por mejor decir distracciones del hombre, gasta el tiempo que se habia predefuido; pero en el juego consume más del que pensaba y quiere, porque tiene ciertas redes ocultas que lo detienen sin poderse desprender aun cuando lo intenta. ¿En qué otra ocupacion se gastan tres, cuatro y más días con sus noches sin interrumpirla aun para comer, como en el juego? ¿En cuál se estraga más el régimen de las funciones todas de la naturaleza? ¿En qué otras se desatienden tanto, y aun se olvidan las obligaciones más serias y precisas del ministerio de cada uno, cuando más urge su desempeño? ¿Y por cuál no se ha visto no ocurrir prontamente el marido á un dolor, que le avisan ha dado á su mujer, ó el padre al socorro del peligro de muerte de sus hijos? De las

demás diversiones, unas son propias de las mujeres, otras de los hombres, unas de los viejos, otras de los mozos, unas de los plebellos y pobres, otras de los nobles y los ricos, unas de los de un genio, otras de los de otro; pero el juego arrebatá á todos el tiempo, sin distincion de sexos, ni de edades, ni de nacimientos, ni de facultades, ni de genios.

Aun hay más: las otras diversiones quitan el tiempo distrayendo; pero no ocupando enteramente al hombre, pues lo dejan desembarazado para discurrir y pensar. ¡Cuántas veces, aun en las pecaminosas, como las murmuraciones, conversaciones obscenas espectáculos, bailes, y comedias, se hacen reflexiones serias, se siguen largos discursos, y se saca instruccion en muchos puntos! En ellas el hombre se maneja como tal aunque no se porte como cristiano; pero el juego lo abstrae del todo, embarga sus potencias, en nada piensa, de nada se acuerda, no es capaz de discurso, no es ya hombre ni aun sensible. pues parece transformado en piedra. ¿Qué se hace el alma, pregunta un sabio escritor de nuestros tiempos, cuando sin cesar se dá vuelta á una carta? ¿se creería, si no se viese que el jugador se materializa, que se encadena, que se

bace un simple animal, que solo sabe mover la ^s mancs y los ojos (1)?

Y á esto qué podrá añadirse? Que el juego no solo disipa, sino que devora el tiempo. Lo devora, no tanto porque consume enteramente el que gasta ocupando todos sus instantes, sino porque consume tambien hasta el que no gasta, cercenando mucha parte del futuro. De tal manera abrevia los dias de la vida, que el que segun el curso natural habia de vivir veinte años, suele, por causa del juego, vivir quince ó diez. No hablo ahora por las causas naturales de las enfermedades que contraen: tomo de más alto origen esta doctrina, y digo que por disposicion divina se suele abreviar la vida de los jugadores.

Consta en la Escritura, que Dios muchas veces disminuye á los jugadores el tiempo que habian de vivir naturalmente. Así se abrevió la vida de los reyes Baltasar (2) y Sedecias (2), de ciento veinte años que era la vida del hom-

(1) Citado en la Part. del Itmo. Señor López Gonzalo, f. 62 y 63.

(1) Daniel, cap. 5.

(2) Ezech., cap. 21.

bre antes del diluvio, se cercenaron veinte (1). David afirma que los inicios no llegarán á la mitad de sus dias (2): y los expositores dirijen á este sentido el lugar de San Pablo (3) en que encarga redimir el tiempo, entendiendo por esta expresión, que no demos lugar á que se nos disminuya por nuestras malas obras.

Supuesta esta doctrina, ¿de qué otro vicio se puede esperar, más que del juego, semejante efecto? El Señor castiga con penas proporcionadas á los pecadores como á los reyes ambiciosos, quitándoles ó disminuyéndoles los reinos, y la disminucion del tiempo á nada se proporciona tanto como al juego, que es el pecado que más se le opone y lo consume. Y si no redimen el tiempo los que absolutamente obran mal, por lo que se hacen dignos de privarse de él, ¿cuánto más serán acreedores á este castigo, y cuánto menos lo redimirán los que obran mal, disipándolo y consumiéndolo? Tales son los jugadores de profesion.

(1) Gen., cap. 6.

(2) Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt dies suos. Psalm. 54, v. 32.

(3) Epist. ad Efesios, cap. 5, v. 16, et ibi Alapide;

REFLEXION XV.

El juego se opone á la salvacion..

La salvacion es el objeto que debe ocupar toda la atencion: no obstante la fragilidad humana, es un peso que abate los vuelos del corazon para elevarse sobre la tierra y dirigirse á su verdadera felicidad. La mayor parte de los hombres han ceñido el círculo de sus eficaces conatos y deseos al de sus efectos y pasiones. Empezar separar á éstos del juego poniéndoles delante la bienaventuranza, es querer que un niño, en pos de un sabo ilibro, pero de aspecto desagradable, abandone la fruta á los jugadores. Tal consideracion escusaba la reflexion presente, á no costarme que hay entre los tabures muchos de inclinacion piadosa, y aun devotos y timoratos por genio, los que no dudo dejen el juego, si llegan á persuadirse que se opone á su salvacion. A estos es á quienes principalmen-

te se dirige mi discurso, siendo, respecto de los demás, como un dedo fanesto que refriega sus ojos y desbarata las telarañas que en ellos tienen, pero que vean con claridad la malicia y reato de su vicio, haciéndose menos escusables en su persecucion. Demanda este asunto por su gravedad de dos párrafos diversos.

§ I.

El juego es pecado mortal.

Como el juego tan presto puede ser objeto de la entropelia, como pábulo de una pasion reprehensible, no admiro que versándose los jugadores entre los confines del vicio y la virtud, confandan sus linderos, y sean tantos los que se forman un moral particular, con que doran su ejercicio. Su corazon, aun más que su discurso, les sigue dictámenes para canonizar, hasta los juegos excesivos, encontrando apoyo en no pocos sujetos que se suponen instruidos, y deberian

serlo por profesion; pero que en realidad no han fundado la materia. Los padres de la Iglesia son los oráculos que deben consultarse en cualquiera punto concerniente á las costumbres.

Se encontrarán muchos que no traten la materia; pero no hay uno solo que la toque y no condene semejantes juegos. San Juan Crisostomo los llama obras del democio (1) San Antonio de Florencia, compañía diabólica, y la más abominable (2) y San Francisco de Sales por sí mismos y de su naturaleza malos y torpes (3). San Raymundo de Pananfort (4) San Cipriano (5) y Santo Tomás (6) expresamente los declaran pecado mortal, y San Bernardino de Sena juzga indignos de absolucion á los dueños ó arrendadores de las casas de juago, mientras no las

(1) Non dat Deus ludere set Diabotus. Homil, 6. in Math.

(2) Part, 2. tit, 1. cap. 23, par, 6.

(3) Vida devota cap, 32.

(4) Pecatum eorum qui alas deserviant esi mortale. lib. 2. sumae, tit. 2.

(5) Ne luceris alca ubi lusus nocibus est et esimen mortale in trat de Aleat.

(6) Cresus in ludu est pecatum mortale, Seoda, Sec 5 q. 168. . pár 3.

quiten (1) semejantes expresiones usan San Efen (2), S. Isidro (3), San Carlos Borromeo (4), San Basilio (5), San Buenaventura (6) y San Pedro Damiano (7).

No hay que inquirir la razon, cuando ella se presenta inmediatamente. El juego es origen y causa de innumerables vicios con que se quebrantan casi todos los preceptos del cristianismo, y sobre perjudicar la república, daña á los particulares en todos sus bienes, como hemos expuesto largamente.

El que lo vea con más indulgencia, es fuerza confiese que á lo menos es una ocasion próxima de delitos y de daños, lo que basta para calificarlo de pecado mortal. En cualquiera sana teologia se reputa por caida el peligro voluntario aun más que en lo físico, se dá ya por derriba-

(1) Absolvendi non sunt donec removerint domum á tali pesimo us ludendi, Sem. 33 in dom, 5, cuadrans.

(2) De renuntiat on Babtis. facta

(3) Libro 18, Etimel. cap. 31.

(4) In consens Mediol. 1. pte; Eclor. Mediol. p. 19

(5) Omilia 8^a

(6) Libro 4 sentent. dist. 15. quest. I art, 2,

(7) Opusculo 20 cáp. 7 tomo 3. oper.

do al que de intento se anda por las orrillas resbaladizas de un despeñadero.

Le son además inseparables y aun esenciales, la codicia y falta de caridad. La primera lo constituye contrario al décimo precepto en sentir del Tostado y otros, pues hasta la mercadería que se ejerce solo por el logro, y no por la necesidad de la vida, es vituperable según Santo Tomás (1). La falta de caridad consiste en desear y causar á lo menos aflicción al prójimo, pues no se puede ganar de otra manera. Así lo han juzgado varios sabios, en especial San Francisco de Sales, cuyas son á la letra las palabras siguientes: *No hay gusto en el juego si no se gana, y esta alegría no puede dejar de ser injusta, pues no se puede tener si no es con placer de la pérdida de otro* (2).

Sé muy bien que Silvio y otros teólogos graduán únicamente de pecado venial la codicia del juego; pero no me parece se debe hacer el mismo juicio de la falta de caridad. Ella es como el corazón de las virtudes, y por lo mismo

(1) Segunda sec. q. 77, á 4. Const., tomo 3.º, cart. crit., la del juego.

(2) Introd. Vida devota, cap. 82.

son más graves los vicios que se la oponen, que los que pugnan con las demás: al modo que en el cuerpo la enfermedad, que tal vez no es de consideración en los miembros, en el corazón es mortal. El solo no querer el bien al prójimo, aunque sea enemigo, es pecado grave contra la caridad, ¡cuánto más el desearle y causarle mal! Y aunque haya excusa para esto en materias justas, el que dá pesadumbre á otro con la adquisición del empleo que le es debido, jamás podrá escusarse quien se versa en una cosa que no solo no es necesaria sino detestable por su misma naturaleza.

Que el juego sea de esta clase, ya lo vimos expresado por San Francisco de Sales, con quien concuerdan gravísimos teólogos (1) y lo persuade la razón, pues desdice de ella, ya porque consiste en acciones nocivas, ya porque disipa enteramente la gravedad del ánimo, ya, finalmente, porque no guarda las debidas circunstancias de todo acto humano, de ser conveniente á

(1) Geneto, theol. moral, tomo I, trat. 6, cap. 4. q. 2. Natal. Alex. lib. 2, theol. doct. cap. 5, reg. 4, Cousina, tomo 1, teol. crist. lib. 3, disert. 4, cap. 15, Pont. Verbo ludus, caso 3,

la persona, al lugar y al tiempo, que son las tres condiciones que, según Santo Tomás, deben formar la hermosa virtud de la entropelia (1).

Si él no pugnara con el Derecho natural, era imposible que todas las leyes que no tienen otro norte, hubiesen convenido únicamente en prohibirlo con severísimas penas, como excomunión, suspensión, multas, cárceles, destierros, presidios é infemias, lo que es un nuevo argumento de ser pecado mortal, como notaron San Antonio y San Raymundo, siendo regla invariable entre los teólogos deducir de la gravedad de las penas la de los pecados.

Pero aun cuando nada de lo dicho fuese cierto, lo que quiero permitir á los jugadores, es constante que los juegos de azar y de envite, y el exceso en cualesquiera otros de los permitidos se condenan por nuestras leyes, las que vedan absolutamente su uso á toda clase de personas. ¿No es este suficiente fundamento para que tales juegos entre nosotros sean pecado mortal? Habrá quien pueda excusar de esta nota la trasgresion de las leyes impuestas por las potestades superiores, á quienes según San

(1) Secunda sec. q. 68. á 2.

Pablo (1) debemos vivir obedientes y sumisos? Permítase en hora buena que nada tenga de malo el juego; pero con todo, está prohibido por el Soberano, y se promete culpa grave en no obedecerlo, especialmente en una materia que toca al bien público (2).

Ni queda el efugio de que estas leyes se hayan invertido ó abolido por costumbre contraria. Se han renovado muchas veces, y últimamente por la Pragmática ya citada de Carlos III, que han reiterado repetidos bandos del gobierno, que hasta el día zela sobre este punto, y sorprende. Esto convence que no hay aquel consentimiento tácito del superior, que indispensablemente requiere la costumbre para prevalecer contra la ley. A más de que falta el principal requisito que debe tener la costumbre, de ser racional, útil y honesta, cuando, por el contrario, es perniciosa. No hay corruptela ni desór.

(1) Omnis anima sublimioribus potestatibus subdita sit. Ideo necessitate subditi stote non solum propter iram, set etiam propter contentiam. Epist. ad Rom. cap. 3: v. 1^o. y 5.

(2) Dio. Hom. prima sec. quest. 96. 4. et est sententia communis.

den que no pueda canonizarse, si el abuso del juego se gradúa de costumbre, ó ignora sin duda la esencia de ésta, quien diere á aquel semejante nombre. Es digna de leerse la Decretal de Inocencio III, en que refuta la ascusa de ser costumbre el juego (1).

Pues ¿qué tantas personas instruidas y timoratas como se mezclan en los juegos prohibidos, habremos de juzgar que todas pecan? Confieso que el argumento, aunque de fácil respuesta me embaraza. No es difícil su solución, porque con concederlo todo, está contestado: para lo que no hay dificultad en lo moral cuando la multitud de los que practican cualquiera acción, no la quita la malicia que por sí tienen, la que es independiente del corto ó crecido número de los que la ejercitan; y el mismo Evangelio nos enseña que el camino que conduce á la perdición es el más trillado (2). En lo que me embarazo es en dar razón en lo físico de que sea tan comun el error de no ver como pecado el juego.

(1) Excusationem praedictam, quae per pravam consuetudinem quae corruptela dicenda est paliatur frivola reputanter cap. int Vilect 11. de excusib. Praelatorum.

(2) Spaciosa est via quae ducit ad perditionem, et multi sumt qui intrant per eam Math. cap. 7. v. 18.

Me parece que en unos la ignorancia, en otros la falta de reflexion, y en todos la pasión al juego, son el fomento de sus dictámenes. Una práctica comun es una nube que ofusca los mayores entendimientos: contra el torrente de un pueblo nadie pára la consideracion: lo que se tendria á delito, se venera como una autoridad irrefragable: se cierra la puerta á cualquiera rayo de luz que se asoma para descubrir la verdad, y se dá entrada al más frívolo pretesto que adula las propias inclinaciones.

Por este principio buscan algunos apoyo en aquellos Teólogos benignos, que atemperándose á nuestros deseos con intencion de excusar pecados, no numeran entre ellos el juego; pero su autoridad aunque respetable, ¿podrá en esta materia contrapesar á los de los cánones de la Iglesia, á los Santos Padres, á los legisladores de todos los pueblos, á los sabios de todas las naciones aun Gentiles, y á otros muchísimos teólogos, que abominan el juego como grave crimen opuesto á la razón natural?

Pero lo cierto es, que ellos mismos, aunque contrarias en la apariencia, si se fondean, favorecen nuestra sentencia. La razón en que se fundan es porque tienen al juego por justo y lícito, atendido el derecho natural, con tal que

guarde las debidas circunstancias (1). Una de ellas es que los jugadores puedan disponer libremente de las cantidades que exponen, y ésta falta en los juegos excesivos.

Porque, ó se pierde en ellos lo necesario para la propia subsistencia y de la familia, ó bien lo sobrante y superfluo. Si lo primero, nadie puede disiparlo y malgastarlo sin obrar contra la caridad: razon porque priva el Derecho á los pródigos de la administracion de sus bienes: si lo segundo, como que debe invertirse en limosnas por precepto natural y divino, no puede demandarse de ellos á los pobres que son sus verdaderos dueños. Ni se diga entra en lo necesario á la decencia del estado lo erogado en honestas recreaciones, porque no son de esta clase los juegos excesivos, aunque es verdadera la máxima alegada. De cualquiera modo se violan las leyes naturales, pues se obra contra la caridad propia ó del prójimo. ¿Habrá quien diga que la caridad no es de derecho natural?

(1) Ferr. Verb. Ludus, núm. 66.

§ II.

El juego aparece restitucion que es muy difícil hacer.

Nadie duda que entre los tahures se debe restituir lo ganado á los hijos de familia, menores, mujeres, casados, religiosos, y generalmente todo aquello en que interviene ventaja ó trampa que llamamos fallería. Esta es una obligacion de derecho natural que ningun teólogo ó jurista se ha atrevido á controbertir. Ni una palabra es necesario hablar sobre este punto tan trillado en los autores, y tan sabido por los jugadores mismos. Lo que acaso los sorprenderá y graduará de opinion exótica, antes de pesar sus fundamentos en las balanzas de la razon y del Santuario, es que aun lo que ellos llaman bien ganado, y absolutamente cuanto se adquiere en los juegos prohibidos, arrastra tras sí el reato de restituir. No soy el primero que lo digo: Santo

Tomás (1) y San Buenaventura (2), están terminantes en la materia, y los siguen una turba respetable de teólogos de primer orden.

Los que parecen militar por la contraria, y son en la mayor parte, los mismos de quienes ya explicamos antes el modo con que sostienen no es pecado el juego, hablan atendido el derecho natural, que no prohíbe su adquisición, y el positivo de los Romanos, que interpretan condena á la restitucion, despues de la sentenacia del juez; pero conviene, en que en los países, cuyas leyes municipales anulan la adquisicion de juego, obligan á restituir.

Las nuestras, tanto canónicas como civiles, claramente, y sin dejar ocurso á interpretacion alguna irritan la traslacion de dominio: las primeras por estas palabras: *restituyan lo que asignaron* (3), y las segundas por estas cláusulas terminantes: *Declaro que los que perdieren cualquiera cantidad á los juegos prohibidos, ó la que excediere del tanto y suma señalada en los permisi-*

(1) Sec. sec. q. 32. a. 7. ad sec.

(2) Lib. 4. sent: dist. 15. q. 1. a. 2:

(3) Conc. 1.^o Mex. c. 50.

tidos.... no han de ser obligados al pago de lo que así perdieren, ni los que ganaren han de poder hacer suya la ganancia por estos medios ilícitos y reprobados [1].

¿Y qué podrá decirse contra una decision tan expresa? Ella no está derogada por otra posterior, ni ha prevalecido costumbre contraria: no hablo de lo mal adquirido á la luz del Derecho natural por razon de fallería, ó de ganarse á quien no tiene dominio en lo que pierde, sino de aquello que por no intervenir estas circunstancias, se llama ganado limpiamente, y no hay un tutor siquiera aun de los laxos, que escuse de restituir á los que están sujetos á una sancion de esta clase. ¿Diremos, acaso, que no nos obligan nuestras leyes, ó que carecen de autoridad para nulificar, reprobar ó anular nuestros contratos? Aquí se desvanece aquel argumento de que se sirven los tahres para escusarse de restituir, tomado de que el juego es un verdadero contrato, en que convienen las partes ceda á favor del vencedor lo que ambas exponen. Digo que se desvanece enteramente, porque, aunque el juego es contrato, es un contrato ilícito y re-

(4) Pragm. de Carb. 3.^o n. 8.

probado, como la usura y simonía, á quienes por lo mismo no favorece la razon de contrato. Ni tiene lugar la instancia que puede hacerse con prostituta, cuyo lucro es válido, aunque sea ilícito el acto con que lo adquiere, porque el Derecho reprueba éste sin anular la adquisicion; pero en el juego, á más de detestar el acto, irrita la traslacion del dominio.

Añadir que siendo cada uno libre para donar absolutamente sus cosas, puede hacerlo bajo la condicion del evento futuro del juego, y que en él (supuesto que no ignoran los tahures las leyes que lo prohiben) interviene el tácito convenio de no restituirse, ó perdonarse mutuamente lo que el Derecho previene se restituya, es hablar sin conocimiento de la donacion, del dominio y del pacto. De la donacion, porque debe ajustarse á las leyes que la modifican y anulan en varios casos, como que consta de la que se hace por razon de nupcias, que es inválida si excede la décima de los bienes del marido, y así nadie puede donar sus cosas bajo la condicion de la suerte del juego, porque esta es una donacion que el Derecho reprueba. Es hablar sin conocimiento del dominio, porque segun la definicion de los juristas, es una facultad de disponer de las cosas si no se opongan á la ley ó conven-

cion (1), y en el juego prohibe el Derecho ceder los bienes á favor del que gana, y así para este efecto no aprovecha el dominio que se tiene en ellos. Finalmente, es ignorar la naturaleza de los pactos y contratos, porque no pueden salirse un punto de la raya que el Derecho les prescribe, y que es la pauta por donde deben regularse. Las leyes que prohiben adquirir por el juego y mandan restituir lo que en él se gana, prohiben los contratos que se oponen á este fin. De otra manera, los convenios de los particulares podrian hacer ilusorias las leyes, y pactarse no restituirse lo ganado por el juego, no es otra cosa que convenirse en no obedecer la ley que ordena la restitucion.

Pues ¿en qué se distingue lo mal ganado, si uno y otro debe restituirse? La diferencia inasistida ya de antemano, consiste en que la obligacion en lo primero nace del Derecho natural, y en lo segundo del positivo. Es más fuerte aquella que ésta, y se estiende aquella á todo juego, limitándose ésta á los prohibidos; pero ambas estrechándose, compelen á la restitucion,

(1) *Jus de re corporali perfecte disponendi, eamque vindicandi nisi lex vel convenio obstet.*

la que, provenga de una ó de otra, si no se verifica, embaraza la salvacion. ¿Qué temor debe sobrecoger á los que aspiran á ella, especialmente si consideran la dificultad que hay de restituir lo que se adquiere en la profesion!

¿Quién es capaz de conocer á fondo á todos los concurrentes en un garito para distinguir si son personas que no pueden perder? ¿Quién puede llevar una cuenta escrupulosa de lo que gana éste ó aquel, mayormente cuando los tahures no hablan palabras de verdad en este punto? ¿A dónde se ha de ir á buscar tantos sujetos como allí se presentan y nunca se han visto, ni se vuelven á ver jamás? ¿Qué cabeza hay para retener, ni guarismos para sumar y partir las cantidades procedidas de tantas ventajas y fullerias hechas á innumerables individuos? ¿Y quién de los que así juegan podrá jamás ni aun saber lo que otros han ganado por su causa, y cuya restitucion le obligo en defecto de ellos.

Pero lo que parece más duro, sin que la dureza le quite la certidumbre, y que comprehende á los que juegan limpiamente, es que despues de perder y salir sin un medio del juego, se saca las más ocasiones el reato de restituir. Para librar-se de él, era necesario lo que raras veces acontece, que en todos los instantes se mostrase la

fortuna con semblante airado; pero no hay tabur que durante la sesion, aunque al fin salgan perdiendo, no tenga algunos intervalos en que sopla favorable la suerte, y con eso echa sobre sí la carga de restituir. El dinero en aquellas idas y venidas, con que fluctúa entre los jugadores y circula por sus manos, aun más que ensucia á éstas, mancha á las almas y las grava á la restitucion. Si tú ganas cinco á Pedro, diez á Juan y veinte á Antonio, y todo esto, con lo que traías, te lo gana Francisco, sales perdiendo, y quedas obligado á restituir cinco á Pedro, diez á Juan y veinte á Antonio, pues que les ganas-te otro tanto. Es verdad que esta misma cantidad debe restituirte Francisco; pero si él no lo hace, no por eso te liberas tú de la obligacion que contragiste, si no es que quieras condenarte porque él se condena.

Un ejemplo dará bastante claridad á la materia. El salteador que robó á un caminante su caballo, á otro sus armas, y á otro sus vestidos, está obligado á restituirles su importe, aunque todo se lo quitara despues otro vandolero. ¿Habrá quien absuelva á aquel antes que cumpla con la carga que se echó, por el pretesto de que á él no le restituye el segundo? El caso es idéntico con el del juego, y el reparo que podia hacerse, de

que no se reputa ganado sino lo que se saca concluido el juego, y así el que sale sin nada, nada debe restituir, no tiene lugar respecto de los que pierden en unas sesiones, lo que habian ganado en otras. Y aun hablando de una sola lo más que puede obrar es que si pierdes lo que habias ganado, no puedes qobligado sino en defecto del que llevó el dinero, lo que es preciso decir, aunque no sea sino porque éste no sabe ni debe saber á quienes ganaste lo que él á tí. El haber sido tú medio para su ganancia, te hace partícipe de lo mal habido, y te pone en aquella obligacion.

Pero si ésta es imposible se cumpla por las razones expuestas, es preciso concluir, dirá alguno, pues no habiendo medio entre restituir ó condenarse, es casi imposible la salvacion de los tahures: consideracion capaz de inducirlos á la desesperacion. Lo que debe responderse á este reparo es, que la teología moral franquea mil caminos á la restitucion en los casos de dificultad, los que puede cada uno consultar á sus directores; pero debe advertírseles para su instruccion, lo primero que obliga restituir lo que se gana en los juegos de azar ó de envite, y en los demás lo que excede en el perdido la cantidad de treinta ducados, que es lo que únicamente permite la

ley antes citada, y corresponde en nuestras monedas á la de diez y seis pesos cuatro y medio reales y trece maravedís, y segun el Bando del Excmo. Sr. D. Matias de Galvez en un dia natural, no se pueden perder más que diez pesos, los que se entienden doblados, en los que poseen caudales cuantiosos (1).

Lo segundo, que al que sabiendo la obligacion y dificultad de restituir con todo juego fiado en los medios que franquea el moral, es de temer no le aprovechen, como no vale la bula de composicion al que en confianza de ella usurpa los bienes agenes. Ni es de hacer fuerza que en este caso quede obligado á un imposible, pues en lo que toca á las costumbres, puesto voluntariamente un inconveniente, por necesidad se sigue otro, como dice Santo Tomás (2).

¡Qué dureza la de toda esta reflexion! ¿Y quién será capaz de leerla (3)? Confieso lo primero; pero no está en mi mano suavizarla: pre-

(1) Belen. Au ac, tomo 3, núm. 48, ley 1. tit. 2 lib. 7 Rec. de Inds.

(2) Prima secun, q. 19, á 6, ad cesm.

(3) Durus est hic sermon et quis potest. cum audre 2, Joann, C, 6, V, 61.

vengo lo segundo y no me dá pena, pues he cumplido con escribirla, á lo que me creí obligado, y cuyo desempeño intento únicamente. ¡Qué complacencia la de publicar la verdad y llenar cada uno sus deberes! No hay mayor recompensa para las tareas de los mortales.

REFLEXION XVI.

Los daños del juego desvanecen cuantos pretextos se alegan para no apartarse de él.

Los perjuicios del juego, que por ninguno de los tahures déjase conocer en el todo ó en parte, deberían fastidiarlos; pero su ciega pasión los precipita á buscar su ruina en él: semejantes á aquellas mariposas que no cesan de voltear al rededor de la llama cuyos ardores experimentan, perdiendo ya una ala, ya un pié, sin escarmentar por eso, hasta que por último parecen. Para paliar tan viciosa inclinacion, que nadie

confiesa, se buscan pretextos que alegar para no dejar la profesion, los que es preciso combatir con los daños mismos que les origina.

La diversion es la primera rama de que se agarran; las ocupaciones serias, dicen, requieren algunos intervalos, las fuerzas del espíritu y del cuerpo, necesitan para rehacerse de alguna recreacion, y aun es virtud el buscarla; pero ¿quién dijo que ésta no se encuentra en los juegos permitidos, y que solo son capaces de producirla los excesivos, que en vez de recrear perturban el reposo? Si no hallan gusto, si no se atraviesan gruesas cantidades, es señal clara de que no es la eutropelia quien dirige las acciones, sino la codicia, cuyo fomento se busca. Una apuesta moderada basta á llamar y mantener la atención en un tiempo regular, y la delectacion en las tareas de la vida, es, segun Aristóteles, como la sal en los manjares, que una poca de ella es suficiente para sazonarlos (1). Lo demás es romper con el vicio los diques de la virtud disfrazándose con su nombre, y es llamar diversion á la ruina misma, al vicio y al desórden.

[1] Parum de delectatione sufficit ad vitam, quas pro condimento sicut parum de sale,

Pera si el juego no se toma por ocupacion, sino que se ejercita de cuando en cuando, sin abandono de las propias obligaciones, entre personas honradas, será sin duda un entretenimiento honesto, aunque medien crecidas cantidades; y á lo menos los juegos prohibidos, siendo moderada la apuesta, nadie podrá condenarlos á pecado, pues es materia que admite parvedad: así se esplican muchos jugadores, cuyo sentir no me parece conforme á la razon. En quanto á lo primero, los juegos excesivos, de tarde en tarde y con las precauciones insinuadas (sobre ser casi indefectible el enviciarse en ellos, porque la pérdida empeña en aspirar al desquite, y la ganancia dá valor y despierta la codicia) como causan aunque de tarde en tarde los daños que hemos expuesto, no pueden llamarse diversion. Las acciones malas (como el juego aunque no sea sino por la nota de culpa mortal) no dejan de serlo por hacerse solo de cuando en cuando.

Por lo que respecta á la parvedad de materia en los juegos prohibidos, se la admiten algunos teólogos, y no encuentro embarazo en aquellas personas timoratas, que muy raras veces lo ejecutan y están penetradas de los daños del juego; pero no creo debe entenderse generalmente en toda clase de personas. En las más

es muy corriente el tránsito insensible de la apuesta moderada á la excesiva, no habiendo tahir que haya comenzado esponiendo cantidades gruesas. Innumerables sujetos arreglados é irreprehensibles, de este modo se han hecho jugadores, con admiracion de los que antes los conocian. Sobre todo en los que han tenido costumbres de jugadores gruesos, la mas mínima cantidad que apuesten es ocasion próxima de pasar á más, como para el goloso un plato lleno, aunque tenga intencion de tomar solo unos bocados, y para el borracho una botella, aunque no intente sino un trago.

Destruido el pretexto de la diversion, que es el más especioso de cuantos se alegan, quedan arruinados todos los demás, que no pasan de fruslerias. Quién dice que la necesidad lo precisa á jugar porque no tiene otro medio de buscar un real; quién, que es indispensable contemporizar con los amigos y otras personas de respeto á cuyo obsequio no puede negarse; quién, que huye de la nota de insociable y mesquino con que se le degrada cuando rehusa el juego, y quién que lo consume la tristesa, y no tiene otra cosa en que pasar el tiempo: no merecen semejantes excusas impugnarse seriamente.

Si todo el que juega pierde y embaraza las

proporciones de buscar la vida, su misma necesidad debiera separarlo de la profesion, para cuyo fomento no bastan los más crecidos caudales. A más de que si no hace suyo lo que adquiere, su pobreza no puede escusarlo para jugar, como no la excusa para saltar en los caminos, pues no hay más diferencia entre uno y otro, que el peligro y trabajo que se impende en lo segundo. Si el juego se opone á las amistades y trabajo civil, el mismo querer conservar los amigos y manifestarse sociable empeñan en no contemporizar en esta parte, y huir los acciones arriesgadas á tan detestable obsequio: ¿serán amigos verdaderos los que exigen un sacrificio tan costoso? ¿Y será mayor mal incurrir, en el concepto de unos hombres corrompidos, de aorta de miserable, que perder el honor que absolutamente quita el juego?

Ultimamente, si la tristeza se quita con la agitación de espíritu, con la amargura y con la perturbación de afectos, convergo en que el juego es su mayor remedio: y si alguno tiene sobrado el tiempo que desea perderlo, en nada puede disiparlo más; pero decir que no hay otra cosa en que ocuparlo, es el mayor dislate. ¿Basta acaso la vida más larga para tantos delitos como cada uno tiene que expiar, tantas obligaciones

que cumplir, tantas pasiones que sujetar? Pero no quiero levantar el vuelo arriba de nuestros techos, sin acordarme de la religion, ni aun de las ocupaciones civiles correspondientes al estado y profesion de cada uno: descubro mil sendas en que entretener las horas dulcemente.

¿Qué mayor recreacion que la de un libro divertido, en que se trasporta el alma á objetos muy diversos de los que nos rodean, y transmigre por los países más distantes! ¿Qué inocentes delicias las de la música, que halagan al oido suavemente, convirtiendo las horas en instantes! ¿Qué agradable espectáculo el de las arboledas, prados y florestas, en cuyos paseos se consume el tiempo sin sentir! ¿Qué ratos tan sazonados los de la conversacion con los amigos, que es el verdadero pábulo del espíritu. ¿Y ya que haya de ser el juego la materia de la recreacion, ¿cuántos no permiten las leyes capaces de solazar sin dar en los escollos de los prohibidos! No buscaremos el dulce en el acibar, cuando hay tantas flores de que poder extraerlo,

REFLEXION XVII.

El juego es el vicio más dañoso.

Las acciones son vituperables á proporcion del vicio que encierran, pues de esta voz se tomó aquella segun San Agustin (1). No obstante, cuando llegan á ser muy comunes en un pueblo, aunque retienen en sí toda su maldad, no aparecen con ella en el concepto de los hombres. Naciones enteras no ven como torpes el robo, el dolo, la crueldad, y otros defectos á cuya práctica se han acostumbrado. De este modo se ha dorado y aun canonizado el juego entre nosotros; á pesar de su apoteosis, cualquiera que se desprenda de la preocupacion en que ha vivido, no podrá menos que confesar que es el vicio más nocivo.

(1) Libro 3 de Iiven, arvit, cáp. 14.

Si se mira por su oposicion á las virtudes, pugna con la principal de todas, que es la caridad (1). Si se regula por los pecados capitales, es su ecencia la codicia, que es uno de los mayores. Si se reflexiona en su género, por lo mismo que incluye á la codicia de numerarse entre los espirituales, que son más graves que los carnales (2). Si se atiende á los preceptos que quebranta, se contraría á todos los quince de Dios y de la Iglesia; á unos inmediatamente por sí, y á los demás por sus agregados (3). Si se busca su objeto, es la ruina del prójimo, cuya sola alegría se detesta en los probervios (4). Si se consideran sus reatos, trae como el que mas, el gravísimo de la restitucion, y de una restitucion muy difícil de hacer (5), sin faltarle las censuras de la Iglesia (6). Si se inquie en sus objetos, ocupa todas las potencias y sentidos abstrayendo al hombre de todo: si sus requisitos, se ejercita en

(1) Reflec. 15. pár. 1.

(2) Prima sec.

(3) Refle 5.

(4) Qui ruina letatur. altercius non erit impunitus
cáp. 17 v. 5.

(5) Refle. 15. pár. 2.

(6) Refle. 5.

todos tiempos es de todas las edades, y no distingue de personas ni de sexos, cuando estas circunstancias en los demás son otras tantas exclusivas que los limitan, declinando los más y aun apayándose en la vejez: si sus proporciones no le son obstáculos el pudor y vergüenza como á las otros vicios, por el salvoconducto que le franquea su misma universalidad y la capa de virtud en que se presenta: y si sus afectos dañan á la república y á los particulares en todos sus bienes, cuando los otros pecados no acarrearán sino un perjuicio parcial.

Pero lo que hay que admirar es, que no teniendo los vicios conexión alguna entre sí, antes bien contrariándose muchos (1), solo al juego ninguno se le opone, sino que á todos abriga (2). Lo que hemos dicho desde el principio, que todos le ceden, no excluye su fomento, sino que explica su primasía. Aunque todos nacen de él, de tal manera descuellan entre ellos, que se deslucen en su presencia: así como á la vista del sol se opacan los demás planetas, no obstante que comunica la luz á todos.

(1) Sec. sec. q. 73 & 1.

(2) Refle. 5.

¿Y habrá todavía que añadir á lo dicho? Sí, y á mi entender lo más fanesto que es el vicio más incurable, al mismo paso que el más contagioso. De la prueba y uno y otro, me releva la experiencia, y se ofrece luego á cualquiera la razón de lo primero. La ganancia dá atrevimiento, y no acobarda la pérdida, por la falsa esperanza del desquite; y así los mismos lances del juego, sean prósperos ó adversos, empeñan más y más en su prosecucion. Para lo segundo son sobradas razones las que ya hemos expuesto de equivocarse este vicio con la virtud, lo que le facilita sus progresos, y de estar más precisados sus profesores que los de otras pasiones en seducir á los demás, porque el mismo ejercicio requiere muchos socios; pero hay todavía otra razón más fuerte y poderosa.

El mecanismo moral con que las pasiones de los unos inficionan á los otros, consiste, según Feijoo (1), en el directo insitativo del mal ejemplo, y en la remoción del prohibente, que es el pudor, porque él en todos es un freno que los reprime, y que se quita enteramente cuando ven reinar entre aquellos con quienes viven, el vicio

(1) Tomo 5, Carta 5 núm, 7.

á que se inclinan. Estos principios en ninguna pasion obran tanto como en el juego. En las demás es más fácil practicarlas en secreto y mantenerlas ocultas; pero es imposible en el juego, que necesariamente requiere publicidad y multitud de compañeros que sin poderles tapar la boca difunden luego la noticia.

Por esta razon jamás puede ocultar esta profesion el padre á los hijos, el marido á la mujer, el amo á los criados, el superior á los súbditos, ni individuo alguno á sus conciudadanos. De ahí es que se propague tanto su contagio, y que lo vemos ya, no sin lágrimas de los buenos, tan estendido, que ha envuelto á personas de todas clases, y que no hay concurrencia que no se reduzca á él. Si es un banquete ó refresco, la sobremesa es el juego: si es un baile, ha de haber junto á la sala de la música una pieza destinada para él: si es una tertulia, él ha de ser la ocupacion; y si se obsequia á un personaje ó se hace una funcion, aunque sea de iglesia, con él se solemniza forzosamente. No admiro sean tantos y tan repetidos sus estragos.

Los tengo á vuelta de mil reflexiones grabados en lo más profundo de mi corazon: está abierto de par en par en el presente discurso,

Si alguno fijara en él la vista, aun más que de la torquedad de mis pinceles, se desagradará del mónstruo delineado.

¡Infeliz del que no saque un horror provechoso de tan disforme pintural

APENDICE.

Descripcion geográfica: historia del país del juego, á semejanza de la del reino de la poesía que se halla en el primer tomo de la Miscelanea erudita de piezas escogidas de elocuencia y poesía.

SITUACION Y ESTENSION.

El país del juego confina por el Oriente con el de la entropelia; por el Sur con el de la ociosidad, de donde le soplan los vientos que la calientan: por el Occidente, hacia donde tienen cierto declive, con la ruina y la desolacion, por el Norte lo rodea el mar de los vicios, que lo inunda á cada paso. Sus grados de longitud y de latitud no se han podido averiguar, pues no se encuentra allí punto, ni ha habido quien mida

su vasta estension, aunque segun los cálculos modernos, es casi tan grande como todo el mundo conocido.

DESCUBRIMIENTO, NOMBRES Y CLIMA.

Los lidios, buscando remedio contra el hambre que los oprimia en tiempo de su príncipe Atya, descubrieron este país, que por lo mismo llamaron los latinos *Lydius*, y con poca corrupcion *Indus*. Las naciones cuyo idioma es dialecto de la lengua de aquella, en atencion á la comun opinion de que en el reino abunda la alegría, han sacado los nombres con que lo apellidan de la voz latina *jocus*, que significa regocijo. Así los italianos lo llaman Givoco, los franceses Jen, y los españoles Juego.

El clima es muy delicioso, y caliente hacia el Oriente por los vientos que le vienen de Entropelia; pero en el resto es muy cálido y respira un aire muy craso á que se añade la corrupcion de los vapores e inmundicias del mar vecino, que lo hacen intolerable á quien no se ha acostumbrado á él. Los planetas que allí reinan son Marte y Venus.

DIVISION.

Divídese todo el país en ultramontano y citramontano por la dilatada cordillera de las montañas de la virtud. El primero, que es el menor, queda á la parte del oriente, y el segundo, que es dilatadísimo hácia el poniente. El primero es tan alto, que su pico casi iguala las cumbres de las montañas y es muy fácil pasar de él al segundo, pues todo el camino es bajada; pero ninguno se arriesga á caminar del citramontano al ultramontano, porque se hace inaccesible la subida de la cordillera.

DEL PAÍS ULTRAMONTANO.

El país ultramontano ó que queda de la parte de las montañas de la virtud, que muchos nombran juegos públicos, se puede llamar el país sagrado, pues se consagró á los dioses. Los ju-

dios, los egipcios, los griegos, los romanos y casi todas las naciones, han enviado á él sus colonias. Los pueblos han tomado sobre el común de juegos sus nombres, ó de las naciones de que son colonias, como los ateneos y los romanos, ó de sus fundadores, como los Pyrrhicos y los Neoronianos, ó de los dioses á quienes se dedicaron, como los Apolinarios, los Cereates y los Capitolinos, ó bien de alguna circunstancia notable de la fundacion ó lugar, como los Pythianos por haberse establecido en celebridad de la muerte del saltador Python, y los Scénicos por llamarse Scena la faz de su principal sitio. Los más célebres de todos fueron los Olímpicos, que fundó Hércules, á cargo de los cuales corrió igualmente el regular y señalar las épocas memorables del mundo. La comun ocupacion de los habitantes ha sido el ajercicio de las fuerzas del cuerpo, el ensayo de las artes de la guerra, las corridas, las luchas de las fieras, los combates de los hombres, la música, canto y baile.

Todas estas colonias antiguas se han arruinado enteramente, á excepcion de las Scénicas, que aunque se han desfigurado mucho, y su aire no es tan puro como antes, porque se ha cargado de los vapores del mar, son en el dia muy hermoso, y á más de las antiguas ciudades Fra-

gedia y Comedia, se encuentran las nuevas Opera y Pantomima, y algunas aldeas como Sainete, Tonadilla, Entremés y Títeres.

Los españoles ha mucho tiempo que tienen allí una ciudad muy censurada de los extranjeros, llamada Toros, y pegada á ella otra nombrada Cañas ó Fiestas Reales. Los Pontífices, siendo el primero Inocencio II, mandaron demoler las populosísimas ciudades Torneos y Justas, y así no ha quedado de ellas ni resquicio. La colonia que llaman Gallos es frecuentada de diversas naciones, aunque tambien se ha corrompido demasiado por los vapores del mar (1), pero no tanto como la ciudad que los antiguos llamaban Sarao, y hoy se llama Baile por los cortesanos, y por los aldeanos Fandango. Allí está situada la villa de Maroma, muy del agrado de los valencianos, y cuyos vecinos principales se dan el título de valientes, y los pueblos que se nombran Juegos de manos, cuya descripción hecha por Pablo Mingüet, corre impresa; pero en

(1) El exceso en la apuesta ha corrompido este juego, y de este modo está prohibido por cédula de 28 de Octubre de 1746; y siendo moderada la apuesta es lícito. Bolaños, Auts, acs.

lo poco que ha quedado poblado de aquel continente, solo se encuentra el espíritu de religion en los pueblos de poca consideracion que han fundado los indios, como Danzas, Torito y Santiagos que es el principal.

DEL PAIS CITRAMONTANO.

El citramontano, que queda más acá de las montañas de la virtud, llamado Juegos Privados, se compone de tres dilatadísimas provincias. La más inmediata á dichas montañas, es Industaria; la más occidental, Suerte ó Azar; y la que está situada entre las dos por participar de ambas, se llama Encartaciones. En Industria las principales villas y ciudades son: Ajedrez, que fundó un tal Sisa, braoman de la India oriental; Damas, Truco, Billar, Barra, Pelota y Bochas.

Hay allí un pueblo pequeño pero singular por la uniformidad de vestuario de sus vecinos pues todos usan un ropaje talar pardo y encima una capa corta blanca: se llama Rempujo. Las aldeas son: Tejo, Trompo, Pirinola, Colorines, Rayuela

y Matatenas: no tienen de particular sino que en ellas nadie envejece ni aun pasa de la niñez, á excepcion de la última, en que suelen vivir más tiempo las mujeres, y en Rayuela algunos ociosos, la mayor parte plebellos. Un español, D. Francisco Gazan, fundó allí una ciudad que llamó Armería; pero aunque es hermosísimo su plan y deberían edificarse por él otras muchas, no ha habido quien quiera habitarla, y se mantiene despoblada. Más frecuentados son todavía los pueblos situados en los confines de Ecartaciones, que se nombran Juegos de Estrados.

En Azar la capital que fundaron los Lydios fué Dados, que duró mucho tiempo: fué populósísima y se hizo memorable por haberse sorteado en ella la túnica de Jesucristo. Despues que Nicolás Pepino descubrió un terreno amenísimo que se llamó Naiye, se pensó en trasladar á él la capital, y en efecto lo han sido sucesivamente varias ciudades que se han ido edificado, como Parar, Banca y Albares, de donde se ha trasladado últimamente á la nueva que llama Monte. Las demás ciudades son: Bisbis, ó como otros dicen, Bisbís, Balos, Oca, y otras muchas que no merecen referirse, como tampoco las aldeas Taba y Chuecas, cuyos vecinos son todos plebellos.

La provincia de Ecartaciones tiene tambien considerables pueblos, como Pretera ó Tablas Reales, Cientos, Malilla, Mediator, Tresillo, Revecino y tantos otros que es imposible numerarlos, mayormente edificándose cada dia nuevos sobre las ruinas de los antiguos, ó pasándose los vecinos unos á otros, para lo que basta el antojo de uno, solo en especial si es de alguna representacion; pero no debe omitirse el peligrosísimo país que se halla en esta provincia hácia las costas del mar llamado envite, en donde han perecido muchos. Allí están situadas las grandes ciudades, Quince, Treinta y una, Oacho y Pachanga, con la villa Rntoy, aunque en ella no viven sino cocheros borrachos.

MONTES Y RIOS.

Además de las Montañas referidas de la virtud, y del monte en que está situada la capital que por lo mismo se llama así, hay tantos en el país citramontano, que casi todo es montuoso, pues no se puede andar en él, sino subiendo y bajando incesantemente con riesgo de despeñarse. El ultramontano, es todo llano y sin tro-

pieso, y lo riegan los caudalosos ríos que nacen de las montañas de la virtud: el uno se llama Religion y el otro lleva el nombre de su origen. De dichas montañas hácia el país citramontano, no brota sino el arroyito de la Moderacion que apenas puede regar una pequeña parte de la provincia Industria. Por los confines de ésta y rodando en circuito las otras dos provincias, corra el río que los mitológicos llamaron Leteo, y así es muy regular al entrar en ellas olvidar-se todos de sus obligaciones, de sus parientes y aun de si mismos.

Hay otros muchos que no tienen nombre, y solo sirven de hacer los bajos pantanosos para que no falte peligro alguno; pero es muy raro el que atraviesa la provincia de Azar, pasando por las orillas de la capital, pues es de caldos espirituosos y así beben muchos sus aguas, aunque se avergüenzan de decir tienen gusto en ello y alegan las toman por medicina para fortificar el estómago.

ISLAS.

Hay unas islas no muy distantes del continente, de donde se proveen los jugadores de sus

menesteres. La más cercana á la tierra firme es la del Préstamo. De ésta se sacan los metales al crédito; pero es necesario andar siempre haciendo incesantes carabanas y rendimientos, de que se pagan mucho aquellos isleños y á los que van de fuera no se les permite lleven el sombrero en la cabeza, sino que anden con él en la mano. Despues que se ausentan, tienen que sufrir unas descargas de papeles y recados que les deserrajan los naturales, quienes parece no tienen otro oficio ni piensan en otra cosa más que en escribir y enviar mensajes. Muy cerca de la anterior está la iala de las Drogas, la que agrada demasiado á los jugadores, por lo barato que traen de alla los efectos, aunque se ven precisados á las mismas ceremonias que en Préstamo, ya hacerse panegiristas de cuanto pertenece á los isleños, preponderándolos sobre todo el mundo, ya haciéndolos creer que su entendimiento es el más agudo, su figura la más hermosa, su genio y modales los mejores, y hasta sus narices más narices que todas las narices del mundo.

Más adelante, navegando cosa de dos millas hácia el Noroeste, se encuentra la isla de Malbaratar. Para entrar en ella es necesario pasar el estrecho que llaman Urgencia, en cuyo tránsito bajan mucho de precio las mercaderías, lo que

obliga á venderlas aun por la mitad menos de sus costos. Tras ésta, á corta distancia se encuentra la isla de lo Ageno, en donde es fácil reemplazar los quebrantos de la anterior, porque cuantos llegan, toman lo que se les viene á las manos. La desgracia es que no pueden arribar á ella sino los hijos de familia, los emplados en el servicio de los particulares ó de los oficios públicos, y algunas mujeres casadas.

La última de las las islas, y á que no se llega por lo regular, sin pasar por todas las demás, es la de los Salteamientos. Esta se halla rodeada toda de escollos, bancos y peligros, en que es muy fácil perecer. Se encuentran en ella á cada paso, manos y cabezas de difuntos, clavadas en las puntas de los palos, y aun cuerpos enteros colgados de otros más gruesos. Allí muy pocos días se le ve la cara al sol, pues casi todo el año es noche, y es tan mal vista aun de los mismos jugadores, que los que van á ella á ninguno lo dicen.

CALIDADES DEL PAIS.

El ultramontano es hermosísimo y ameno, y produce tan exquisitos y sazonados frutos, que

no solo se conserva allí la salud y se restauran las fuerzas perdidas, sino que se adquieren las suficientes para trabajar cada uno en sus respectivas tareas, y causan la más inocente alegría. En el citramontano, aquella pequeña parte de la provincia Industria, que riega el arroyo de la Moderacion, se asemeja al anterior, pero á proporción que se encamina para el Poniente, va creciendo el calor, que es insufrible en Asar, donde se suda continuamente, sin que baste la nieve á mitigar el bochorno. Lo único que allí refresca es una bebida muy difícil de conseguir, que solo adquiere uno ú otro rara vez y llaman ganancia.

El terreno es muy estéril y no produce sino espinas de innumerables géneros y figuras, que vistas de lejos parecen flores. El clima es enfermísimo, y lo destemplado de él hace anden siempre desazonados sus habitantes, causando en los más á cada paso una profunda tristeza. Las inundaciones del mar trasforman enteramente á los que pasan á establecerse allí, mudándoles hasta el genio, pero principalmente les lastima la vista, y á algunos los ciega enteramente, por lo que no se ve el precipicio en que se vive, ni se trata de salir del país. La enfermedad más común de que perecen los más, y puede llamarse

por lo mismo morbo juguístico, es la diarrea ó evacuaciones, de que no escapan ni los estreñidos.

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los jugadores por lo regular son flacos, descoloridos, undidos de ojos, y viven poco. Son taciturnos, desconfiados, iracundos, maldicientes, blasfemos, desesperados, insolentes, muy inclinados al dinero, y propensos á todos los vicios. No tienen lealtad con sus amigos, cuando se trata de sus propios intereses, y hacen traicion á cualquiera. Son muy fáciles para hacer votos, promesas y jaramentos, pero jamás las cumplen. No respetan á clase alguna de personas, ni reconocen parientes, hermanos, ni padres. La mentira no se tiene por vicio entre ellos, y si alguno hablara la verdad, se burlarían de él, ni se aprecia en cosa alguna el tiempo. El latrocinio es allí muy común, la recreacion y descanso son las murmuraciones, y la flojera y poltronería, la cualidad inseparable de todos. Son tan bárbaros y crueles, que sienten la dicha de sus compañeros, y se alegran de sus infortunios; sacrifican y entregan á cualquiera en manos de sus

enemigos, con tal que les toque un pelo, una uña ú otra vagatela: al mismo que les hace bien, y se fia de ellos, lo abordan y empujan con gasto á su ruina y precipicio: en una palabra, dejan morir el marido á la mujer, y el padre al hijo, por no pararse de su asiento á socorrerlos en el peligro.

COSTUMBRES.

La soledad se ve como un gran mal, y así es costumbre vivir muchos juntos.

Ninguno se dedica á la labranza, al comercio ni á las artes, y el ejercicio de que todos pasan es el combate de unos con otros y el recíproco pillaje, de suerte que si cada día no arribaran nuevos habitantes, ya se hubiera despoblado el país. El ajuar de las casas se reduce á mesa y asientos, la comida y la cena, no tienen hora fija, como ni el sueño ni la vigilia, trocándose á cada paso el día en noche y la noche en día. No se cuida mucho de la sazón, y calidad de los alimentos, porque se engullen de prisa y sin tomarles gusto: en lo único que lo tienen es en beber sangre de sus iguales. Por costumbre antiquísi-

ma y muy puesta en razon, si se navega ha de ser sin velas ni remos, y si se camina por tierra deben ir vendados los ojos, dejando el éxito al acaso; pero casi todos escusándose los unos de los otros, se destapan los ojos, y navegan con todos sus necesarios. A los que así lo practican llaman en la lengua del país falleros, nombre de que todos huyen, aunque no de su significado.

Allí todos son iguales, sin que haya empleos ni dignidades que distinguan á unos de otros. No se respetan las canas, ni prenda alguna á excepcion de la nobleza que se atiende mucho, pero no se adquiere por nacimiento, siendo noble el hijo del plebeyo y al contrario; ni tampoco es cualidad inherente al sugeto, sino que se carga en el bolsillo y no es otra cosa que unos entesillos redondos y delgados, blancos unos y otros amarillos, que son los mejores, si éstos faltan, se acaba la nobleza, y por lo mismo los que ayer eran nobles, hoy son plebeyos, y al contrario, pasando todos á cada instante por esta alternativa de estados, pero al que ya no tiene proporcion de restaurar la nobleza perdida, lo desprecian y lo arrojan con la mayor inhumanidad de sus asambleas.

En este país nadie tiene honor, no obstante todos se jactan de él, haciéndolo consistir en ba-

gatelas y frioleras como en no levantarse de su asiento, ántes que los demas, no guardar sino tener á la vista de todo el mundo su caudal, franquear á otro su nobleza diciéndole se la tenga cuando quiera, aunque al dia siguiente se le escribe papel, pidiéndosela; no pelear en un encuentro con menor actividad que en el anterior, como con dagas ó trabucos, de haber peleado espadas ó fusiles, y que los llamen buenos tahures, que es lo mismo que si entre nosotros se alegrara alguno de que dijeran de él que era buen deshonrado ó buen malhechor: en la nueva capital se han abolido muchas de estas especies.

MODO DE MANTENER LA POBLACION.

Como allí son muy raras las mujeres, no bastan para la procreacion, y así es preciso vengan de fuera los pobladores: En efecto, sin que nadie los traiga, vienen muchos de todos estados y calidades: unos se entran por tierra por el país de la Eatropelia ó por el de la Ociosidad, y otros por el mar, que es lo más corriente. El principal puerto de aquella costa es Codicia, que

tiene un famoso arsenal, en donde se fabrican muchos navíos que allí llaman deseos, y el viento con que se arriba al puerto seguramente y que sopla en aquellos mares, se llama Esperanza.

Además de los que vienen por sí los que ya están radicados en el país salen continuamente á traer gente, que embahucan valiéndose de mil ardidés y convidándolos á que vayan á dar un paseo y se vuelvan luego, enya esperanza, con la de enriquecer, que se les promete, y sobre todo, el contemporizar y complacer: los hace emprender el viaje. Una vez entrados en el país, como han pasado el Rio Leticia, se olvidan de los motivos por qué resistían ir á él, y un trago que se les dá inmediatamente de la bebida Ganancia, que no puede negarse es comparable con la Hambrosía, los deja aficionados. Dentro de poco el temperamento los transforma: aunque sean de diferentes naciones y de diversos modos de pensar, todos quedan unos, y aun los mismos que resistían ir, salen despues á traer á otros, volviéndose panegiristas los que antes abominaban el país. ¡Qué raros son los que habiendo vivido en él se vuelven á nuestro continente!

RELIGION.

No reina en el país otra religion que la pagana, y aunque Baco, Cupido, Marte y otros innumerables tienen bastante adoracion, la principal deidad es la Fortuna. A ella se tributan los más rendidos cultos; pero al que no salen bien sus ideas, no tiene embarazo en maldecirla. Son tan supersticiosos los jugadores, que para conciliarse ó conservar el favor de su Dios, se valen de las fruslerías más inconexas, como quitarse ó ponerse el gorro ó el sombrero, tirar la capa, pararse si estaban sentados, ó sentarse si estaban parados, quedarse con un pié levantado, ó sobre un codo, ó con la postura más incómoda en que los halló la buena suerte, y jamás juzgan que los protege la Divinidad, atribuyendo sus favores al asiento, al lugar, á la persona que tienen á su lado, ó á lo que se les pone en la cabeza. No tienen á su Dios por agente libre, y así, si observan que obró de éste ó del otro modo, esperan forzosamente lo mismo en lo sucesivo, y de estos accidentes sacan la que llaman regla.

CIENCIAS.

Allí no florece ninguna de las ciencias que entre nosotros, y es lo primero que olvidan sus profesores cuando entran en el país. Todo el estudio se reduce á industriarse y perfeccionarse en su ejercicio, cuyas lecciones se aprenden de voz viva y reciben su último complemento por la práctica, corren no obstante entre ellos algunos impresos, como las obras de Cina-rica, unos cuadernos de esplicion de varios juegos, y un tomito sobre la Malilla, dedicado á las ánimas benditas del purgatorio. Los sabios que dejaron más nombre y se mientan á cada paso, son un tal Canalejas y un cierto Birjan, de los que con todo eso nadie sabe quiénes son ni de dónde fueron.

ARMAS.

Las armas se hacen allí de marfil, hueso y palo, y de todas materias. Las que se usan mucho en el día en la mayor parte del país son de papel; pero tan fuertes, que ni el aceite de los antiguos, ni los cañones de los modernos, son tan

poderosos como ellas para derribar y arruinar en breve una ó muchas casas. Cada arma de éstas consta de cuarenta piezas, y algunas de cuarenta y ocho, que se distinguen por los símbolos que van estampados en ellas, alusivos á las cosas más fuertes y poderosas entre los hombres. En unas están grabados unos troncos vastos y sin pulir; en otras unos sables ó espadas; en otras los vasos, jarras ó copas, para denotar la fuerza de los licores espirituosos, y en otras unas monedas de oro para significar el poder del dinero, á quien todo obedece. Las que llevan un mismo símbolo se distinguen por la multiplicacion de éste, pues en una pieza se pone uno solo, en otra dos, y así sucesivamente hasta siete ó nueve. Las que van señaladas con la figura humana, ó es con la de la mujer, que tanto arrastra al hombre, ó si es de varon lleva las insignias reales significativas del poder, ó bien se representa caballero en un valiente bruto, para denotar la fortaleza. Los naturales del país llaman á estas armas Barajas,

GOBIERNO.

El gobierno es democrático, pues reside el poder en todo el pueblo, quien establece las leyes

porque se rigen. Estos no tienen más razón ni apoyo que el antojo ó capricho de la mayor parte de los vecinos, porque no se ha admitido jamás el derecho natural ni de gentes, pues pelean los hermanos contra los hermanos, y los hijos contra los padres, y estos no cuidan de la educación y alimentos de aquellos, en una palabra, si se admitiera semejante derecho, era necesario abolir todas las costumbres y demoler las ciudades y pueblos. Las leyes se observan allí con el mayor rigor, atendiendo más á su letra, que á su espíritu: la judicatura no es honorífica: los juicios son verbales y sumarios, y los jueces son los ínfimos del pueblo que ellos llaman Mirones.

ENEMIGOS.

Los enemigos del estado son todos los monarcas del mundo sin exceptuar á los Pontífices, las repúblicas, los jueces y los concilios, los oradores poetas, filósofos, juristas, y teólogos de todas las naciones, los que mantienen una guerra continua contra el país sin haberlo podido destruir. El subsiste y se aumenta cada día más su población, á pesar de tantas fuerzas unidas, Mu-

chos lo atribuyen á que algunos de los que gobiernan las armas contrarias son negligentes en hacer la guerra, á los habitantes, ó que son de su facción y están de acuerdo con ellos; pero aunque esta causa influya mucho, la principal es la errada opinión que se tiene de la bondad del país, la que anima á innumerables á irse á establecer en él, y sobre todo que los más se entran por las tierras de la Entropelia, y la Ociosidad, puertas francas á todo el mundo, é insensiblemente se van colocando hasta la provincia de Azar. Por eso un italiano llamado Costantini juzgó, que no solo á ella sino á todo el país se debía hacer la guerra. Así me parece según el aspecto que han tomado las cosas, era conveniente se usara de armas más fuertes que las que hasta aquí se han usado.

IDIOMA

La lengua del país es un dialecto de los nuestros, sin más diferencia en la mayor parte que dar otros significados á las voces. Cada ciudad tiene su idioma, y fraseo particular, de que no es fácil dar una noción completa; pero se for-

mará alguna idea por unas cuantas voces que he oído á los viajeros. Para explicar que uno empobrece dicen que se le arranca: al equivocarse llaman perder alegre: al matar, fallar: al quebrantar la ley renunciar á la facinacion, ó malhadado le llaman ojo de pato: al que sigue el dictamen ageno, orejero: á las casas, garitos ó tablages, y algunos tules: á lo gracioso, ó sin precio de va: al desgraciado, salado: al principal puntero: al hurto y la trampa, habilidad destreza: á las dádivas y regalos, baratos: y en la capital micos: al jugar, echarla: al cajero, gurrupí: al que sirve, banco, y así otras muchas de que se podia formar un diccionario abultado.

DE LA CAPITAL.

La ciudad capital llamada monte está situada en el declive de un cerro, y vista de lejos y sin examinarla bien ofrece las mayores ventajas y comodidades para pasar la vida, razon porque los más abandonan las otras poblaciones para establecerse en ella. Allí reina la libertad, nadie depende de otro, cada uno sigue sus dictámenes, no se tiene á deshonra, como en las de-

más ciudades, el ausentarse cuando se quiera, ni el pelear en un enencuentro con menos actividad que en el anterior, y parece lo más fácil del mundo enriquecer en breve con poco principal. Allí no combaten unos con otros, como en el resto del país, sino todos contra el Señor de la ciudad, á quien porque les mantenga la guerra tributan la mitad, ó la cuarta parte de los primeros despojos del pillaje, ó de aquellos que se encuentran luego á las puertas de un pueblo entregado al botin ó saqueo. Las calles y las plazas están llenas siempre de gente, pero no se oye ruido ni algazara, porque se guarda mucha moderacion y silencio, y dá de comer á todos el señor de la ciudad. Finalmente, se observa mucho órden en la lucha, aiternándose todos á tomar la espada, que uno solo maneja, aunque se pongan muchos á su lado, y que no larga hasta que no yerra un golpe ó estocada, en cuyo caso la toma el siguiente en el mismo órden, y así sucesivamente.

Pero todas estas ventajas son aparentes, porque el que en realidad disfruta muchas es el Señor, de quien son víctimas los infelices ciudadanos. Porque como todo el anhelo es subir, y el piso es resbaladizo, á cada paso caen y se despeñan, aunque mil veces emprendan de

nuevo la subida, lo que no es tan fácil que suceda al Señor que ocupa el lugar eminente y ventajoso. En una de estas caídas quedan por último destruidos, porque el cerro que sirve de suelo á la poblacion, está situado hácia el Poniente en los últimos términos de Azar, de lo que es muy consiguiente vengán á dar al país confinante de la Ruina.

La libertad ó independencia lejos de aprovechar daña, porque se anda con los ojos vendados y sin conocer el terreno que se pisa, del mismo modo que seria perjudicial á los niños, faltos de advertencia, el dejarlos á su arbitrio travesear y correr por una azotea. El seguir cada uno su dictámen, supuesta la falibilidad humana y su propension á errarlo todo, es tambien dañoso y hace que solo en la apariencia peelen los vecinos con el Señor, y en realidad peleen unos con otros, pues jamás se pueden ajustar y convenir los modos de pensar, porque hay en ellos más diversidad que en las caras, de las que no se hallan dos perfectamente semejantes. De aquí nace que al fin unos con otros se destruyan y el Señor quede hecho dueño de los despojos de todos. Por estas razones, en vez de triuntarle los ciudadanos, debería él pagarles porque se estableciesen en sus posesiones.

Las expresadas ventajas, aunque hacen que el Señor se conmueva más que cualquiera vecino, no lo ponen á salvo del precipicio, que tambien suele experimentar, siendo su caída tanto más sensible, cuanto es de mayor altura. De suerte que cuantos viven en aquel vasto continente, y sobre todo los cortesanos, van indispensablemente á dar al de la Ruina, de donde jamás vuelvan. Huíd, pues, mortales, de tan peligroso país, pero en especial de su maldita Capital.

INDICE.

	<u>Págs.</u>
Reflexion primera.—Necesidad de un escrito sobre los daños del juego, y razon de emprender éste.....	5
Reflexion segunda.—Orígen y division de los juegos para discernir los dañosos de los que no loson].....	10
Reflexion tercera.—De los perjuicios que trae el juego á la república, y primeramente de la oposicion á la sociedad y trato civil.....	15
Reflexion quarta.—El juego destruye el fin por qué se unieron los hombres en cuerpo político.....	21
Reflexion quinta.—El juego corrompe y quita á la república sus miembros.....	29

Reflexion sexta.—El juego daña á los particulares en todos sus bienes, y primeramente en el dinero.....	38
Reflexion sétima.—El juego daña en las alhajas y muebles.....	47
Reflexion octava.—El juego embaraza los ascensos y proporciones de basear y pasar la vida.	51
Reflexion novena.—El juego daña en las amistades,	54
Reflexion décima.—El juego varía la bella índole ó el genio.....	59
Reflexion undécima.—El juego perturba el reposo,.....	64
Reflexion duodécima.—El juego estraga la salud,.....	71
Reflexion décima tercera.—El juego quita el honor	76
Reflexion décima cuarta.—El juego pierde el tiempo,.....	82
Reflexion décimaquinta.—El juego se opone á la salvacion.	88
Párrafo primero —El juego es pecado mortal	89

Párrafo segundo.—El juego apareja restitucion que es muy difícil hacer.....	99
Reflexion décima sexta.—Los daños del juego desvanecen cuantos pretextos se alegan para no apartarse de él.....	108
Reflexion décima sétima.—El juego es el vicio más dañoso.....	114

APENDICE.

Descripcion geográfica: historia del país del juego, á semejanza de la del reino de la poesía, que se halla en el primer tomo de la Miscelanea erudita de piezas escogidas de elocuencia y poesía.—Situacion y estension.....	120
Descubrimiento, nombres y clima.....	121
Division,.....	122
Del país ultramontano.....	id.
Del país citramontano.....	125
Montes y rios.....	127
Islas.....	128
Calidades del país.....	130
Carácter de los habitantes.....	132

	<u>Págs.</u>
Costumbres	183
Modo de mantener la poblacion.....	185
Religion	187
Ciencias	188
Armas.....	id.
Gobierno.....	189
Enemigos	190
Idioma.....	191
De la capital.....	192

JV
C9